



¡NO TE SOPORTO,
VECINO!



Olympia Russell

¡No te soporto, vecino!

Olympia Russell

Autor - Editor (2020)

Etiquetas: Romántica

Violeta recibe una herencia que le hace cambiar de residencia. Parece una buena noticia, pero su nuevo vecino le pone de los nervios. Peor aun: no lo soporta. Es altivo, estirado y clasista. Y ella es demasiado orgullosa para aguantar sus desplantes.

Pero llega el quince de marzo y el país entra en estado de alarma. Y la vida de Violeta, y la de su vecino, se ponen patas arriba.

¡No te soporto, vecino!

Olympia Russell

© ¡No te soporto, vecino!.

© María Jiménez 2020

Todos los derechos reservados.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o por cualquier medio sin permiso escrito de la propietaria del copyright.

Esto es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Capítulo 1

Si sumo el tiempo que he perdido buscando las llaves en el bolso, creo que me sale un mes de vida.

Por lo menos.

He probado de todo para evitar esa pérdida de tiempo: he tenido bolsos enormes, con bolsillos interiores que mentalmente he reservado para las llaves; bolsos medianos, para meter lo fundamental; enanos, donde se supone que sólo caben las llaves, el móvil y la cartera.

Nada que hacer.

Al principio soy disciplinada, y dejo las llaves donde he decidido que tienen que ir, para encontrarlas a la primera. Pero más pronto que tarde, acabo soltándolas dentro del bolso, sin ton ni son. Y luego: a perder el tiempo buscándolas.

Hoy es diez de marzo y, con el estrés que he tenido en el trabajo, cuando llego al portal intuyo que la pesca de llaves va a ser dura.

Efectivamente, ya llevo más de un minuto buceando a ciegas con la mano. He sacado tres pintalabios, un pintañas, dos pañuelos de papel -sin usar, pero fuera de su paquete-, el recogedor del pelo que llevaba meses buscando, una entrada de cine de hace tres meses (“Mujercitas”, ¡cómo me gustó!), pero de las llaves, nada de nada.

Hago sonar el bolso y sí, ahí están, así que solo me queda el último recurso, el que más odio, pero él único efectivo cuando ya estoy desesperada: darle la vuelta al bolso y dejar caer su contenido sobre la acera, frente al portal.

Me agacho y volteo el bolso.

Y, por fin, entre el revoltijo de objetos que han caído sobre la acera, diviso las llaves.

En ese momento oigo un carraspeo.

Desde mi posición en cuclillas miró hacia arriba y hacia atrás. Hacia el lugar del que ha venido el ruido.

Y ahí está.

El tío más imbécil del mundo.

Mi vecino .

Aunque sólo llevo cuatro meses viviendo en esta casa, ya me lo he cruzado suficientes veces para comprobar que lo es.

Imbécil.

Y maleducado.

Es el típico pijo estirado y clasista, que el primer día que nos cruzamos no me miró a mí, sino a mi uniforme, y decidió que yo era un ser insignificante que no merecía ni un saludo.

Aunque después de días y días de saludarle yo, y de recibir un “nada” a cambio.

he conseguido que últimamente me responda con algo parecido a un gruñido.

Que conste que lo he hecho por tocarle las narices, no porque me importe.

Pero bueno, el caso es que ahí lo tengo. Es la última persona a la que me gustaría encontrarme en esta situación. Agachada en una postura ridícula, con el cuello girado mirándole como una boba, con todos mis cachivaches en la acera y el bolso que compré hace un mes en el chino volcado boca abajo.

El tío me mira desde arriba. Muy arriba, porque es alto. Y mueve sus cejas y suelta el gruñido con el que me suele saludar.

Y yo suspiro. ¡Vaya imagen ridícula debo estar dando!. Además de darle munición para que siga despreciándome. Pero no es momento de lamentos, sino de ser práctica. Así que decido

aprovechar que va a abrir la puerta y recojo mis cachivaches con prisa y los meto en el bolso a barullo, mientras oigo cómo saca sus llaves.

Ya estoy levantándome cuando oigo que abre la puerta y entonces, no sé por qué, se me ocurre decir algo para no quedar tan ridícula:

-Qué bien que ...

No termino la frase, porque en ese momento, ya de pie, la puerta me da en las narices.

Capítulo 2

Hace cuatro meses recibí la llamada de un abogado. Tuve que hacerle repetir tres veces cuál era su oficio, porque antes nunca había hablado con ninguno. Ni se me había ocurrido que tuviera que hacerlo.

Yo soy cajera de súper. Voy al trabajo en metro. Me cuesta llegar a final de mes. Me gusta charlar con mis amigas, pasear por el retiro en mis horas libres, leer novelas románticas y..., poco más.

¿Por qué iba a necesitar yo un abogado? ¿Por qué iba a necesitar llamarme ninguno?

Enseguida se me ocurrió que la llamada podía tener que ver con Alfonso. Mi ex. Es lo más cerca que he estado nunca de los bajos fondos (que es donde se necesitan abogados ¿no?). Aunque creo que fumar porros a todas horas no es un delito... Además, Alfonso ya llevaba nueve meses en Australia, haciendo lo único que le gusta hacer: surfear a todas horas.

Y fumar porros.

Lo que no se me ocurrió en ningún momento es que los abogados pudieran llamar para dar una buena noticia. Y que eso me podía ocurrir a mí.

Pero es precisamente lo que sucedió.

Unas horas después, en el despacho de Luis Urdaniz, el abogado en cuestión, me enteré de que acababa de heredar un apartamento en el centro de Madrid.

El pobre hombre necesitó más de diez minutos para hacerme comprender que aquello era cierto. La noticia era tan absurda para mí, que lo único que entendía de todas sus palabras era un nombre: Elisa Monreal.

La tía Elisa.

La única hermana de mi madre.

La mujer guapa y elegante que nos visitaba muy de vez en cuando. Siempre cariñosa y divertida, pero con la que apenas teníamos trato:

—Elisa es así, cielo —me solía decir mamá —, lo bueno es que no hay que preocuparse de ella, se busca muy bien la vida sola.

La tía Elisa había muerto hacía unos meses, un año después de mamá. Había ido a su funeral, en una iglesia elegante del centro de Madrid, como había dejado ella arreglado por escrito, al que había ido muy poca gente: las dos primas de mamá y yo, por parte de la familia (no éramos más), y unos pocos desconocidos con los que no hablamos.

Y eso era todo lo que había sabido de ella antes y después.

Y la verdad es que no me había extrañado nunca.

Nuestra familia era así. Mamá y yo, solas, siempre. La tía Elisa, alguna vez. Y las dos primas, de pascuas a ramos.

Así que el señor Urdaniz tuvo que esforzarse bastante para que yo asumiera la noticia.

La buena noticia.

—Señorita, no sé cómo consiguió su tía ese apartamento. Sólo sé que está todo en regla. Que hay un testamento. Que el apartamento ahora es suyo. Coja las escrituras y las llaves, por favor — me dijo el hombre, ya desesperado, después de mi bombardeo de preguntas y objeciones.

Pero es que me resultaba muy difícil asimilar que yo, una chica de barrio humilde, hija de madre soltera, acostumbrada a no tener nunca dinero y a trabajar desde muy joven para sobrevivir, pudiera heredar nada que no fueran problemas.

En cualquier caso, el hombre consiguió hacerme firmar los documentos legales, me dio las llaves y las escrituras y me acompañó hasta la puerta (me empujó casi). Y así me encontré al otro

lado, en un portal elegante, con las llaves de un nuevo apartamento en la mano y mil preguntas sin respuesta.

Bueno, y otra cosa más.

Junto a las llaves y las escrituras del piso, el hombre me había dado un sobre pequeño que al principio me había pasado desapercibido.

Le dí al automático de la luz, porque me había quedado a oscuras, y leí la nota que había dentro:

“Hola sobri guapa (la tía siempre me llamaba así). Eres mi única familia, así que el apartamento que Leandro me regaló es para ti. Ya lo he dejado arreglado para que no tengas que pagar ni un impuesto ni nada. Pero ya no me queda nada más, me lo he fundido todo. Espero que no te importe.

Ah, también te quiero dejar un consejo: el amor es lo único que importa.”

Capítulo 3

Fui a verlo en cuanto salí del despacho. Estaba en un calle al lado de la Plaza de la Lealtad. Uno de los sitios más elegantes de todo Madrid. Antes de aquel día, sólo había pasado por la zona un par de veces, las dos con el “cole”, cuando habíamos ido a visitar el museo del Prado, que estaba al lado.

De normal ni se me ocurría ir a un sitio así. No se me había perdido nada por allí. Además, yo soy pobre, pero orgullosa: no me gusta que me miren por encima del hombro, algo que, intuía, me podía pasar en esos lugares en los que vive la gente que mea perfume.

Pero ahora era la propietaria de uno de esos inmuebles.

Primero lo admiré por fuera.

Era un edificio bonito. Elegante. Señorial. Pero cuando entré, me quedé con la boca abierta: el portal era espectacular, con una lámpara enorme en el techo, llena de cristales relucientes, fotografías antiguas en las paredes de mármol y una alfombra mullida en el suelo.

Parecía un palacio en vez de un portal.

¿De verdad había gente que vivía en sitios así?

¿Iba a vivir yo allí?

Volví a mirar los papeles de la escritura del piso y sí, allí estaba mi nombre y la dirección. El 4º B era mío.

Subí en el ascensor, de madera brillante con unos espejos enormes con marcos dorados, y llegué al cuarto, que era el último piso.

Seguía con la boca abierta.

Y tampoco la pude cerrar al entrar en el apartamento.

Porque era precioso.

No muy grande, tendría unos 70 metros cuadrados, pero absolutamente encantador. Decorado con pocos muebles, pero de muy buena calidad, y con tonos cálidos de color pastel, todo destilaba estilo y elegancia, sin resultar recargado.

Aquello era un sueño hecho realidad.

Me tumbé en la cama del único dormitorio, una cama mullida que tendría dos metros de ancho por lo menos, cubierta con un edredón blanco de tela delicada y suave, y adornada con un montón de cojines y, por primera vez, me creí que aquello me estaba pasando a mí.

Y sonreí.

Luego empecé a reír.

Y acabé soltando una carcajada de pura felicidad.

Así fue como tomé posesión del que, a día de hoy, cuatro meses después, es el lugar donde vivo.

Las preguntas quedaron sin responder. No he llegado a descubrir quién era el tal Leandro. Ni, más importante aún, quién había sido mi tía Elisa en realidad, porque, tal y como ponía en su nota, sólo me había dejado aquel apartamento. Ni un documento más. Ni una pista.

Pero dejé de preocuparme por ello y decidí disfrutarlo.

Hasta hoy.

Aunque bueno, aquel día ocurrió una cosa más.

Después de recorrer todas las estancias (el salón, la cocina, el baño, y el dormitorio, todos magníficos) y admirar el paisaje de Madrid que se veía a través de las ventanas que daban a la fachada exterior, me dí cuenta de que, en una esquina de la cocina, había una puerta que me había pasado desapercibida antes. Me asomé y vi que comunicaba con un pequeño balcón que daba a

una especie de patio interior. Aunque al mirar hacia arriba me di cuenta de que no estaba cubierto, porque se veía el cielo azul de Madrid.

Me pareció un sitio perfecto para colgar la ropa, ya que el balcón era muy pequeño, pero con el tamaño suficiente para poner un tendedero de pie (supuse que la gente que vivía en esos sitios no hacía coladas, sino que les limpiaban la ropa en lavanderías, pero yo tenía que seguir viviendo con mi sueldo de cajera, así que compraría y usaría un tendedero).

Abrí la puerta y salí al balconcito.

Y miré hacia abajo.

Efectivamente, era un patio interior, ya que estaba cerrado por cuatro paredes. En los pisos de abajo, los huecos eran ventanas, así que, al parecer, el único balcón estaba en el cuarto.

Miré hacia arriba.

Efectivamente también, el patio estaba abierto por arriba, sólo lo tapaba el magnífico cielo madrileño.

Sólo después miré al frente.

Y comprobé que había un balcón igual al mío.

En el que había estado un tío un segundo antes.

Lo supe porque lo vi de espaldas, justo cuando se estaba escabullendo hacia el interior de su apartamento, pero estaba claro que me había visto.

Y que se había metido dentro a toda prisa, seguramente para no saludarme.

Ese fue el primer día que lo ví.

Al imbécil de mi vecino.

Capítulo 4

La casa tenía cuatro plantas, la primera estaba ocupada por oficinas y las otras tres tenían viviendas, pero la única planta que tenía dos, la mía y la del vecino, era la del cuarto .

En el segundo vivía una pareja muy pija con sus seis hijos y unas cuantas chicas que limpiaban y cuidaban a los niños. O sólo una que cambiaban a menudo, porque me las solía cruzar en el portal. Todas eran simpáticas. Más que sus jefes, que me saludaban con cara de susto siempre.

Y en el tercero vivía la señora Aurora. Una mujer elegante, muy mayor, que me había cruzado pocas veces, pero siempre había sido encantadora conmigo (por fin una persona normal).

Me trasladé a vivir allí a la semana de recoger las llaves. Dejé mi piso alquilado en orcasitas y me fui al apartamento de la tía Elisa (bueno, el mío) , casi con lo puesto.

Porque lo cierto es que no tenía mucho más.

Siempre he sido una mujer de gustos sencillos y pocas necesidades. Seguramente porque no me ha quedado más remedio, pero nunca he sufrido por ello.

En dos maletas y una bolsa de deporte, metí la ropa y mi colección de libros, y el resto lo dejé atrás. No me hacía falta. En el apartamento había de todo para llevar una vida normal. Bueno, todo menos tendedero, que fue lo único que compré.

No tenía muy claro si me iba a quedar a vivir allí o lo iba a vender para comprar algo más sencillo y quedarme con un remanente de dinero para llegar mejor a fin de mes.

Al principio me inclinaba por vender. Para empezar, porque perdía mucho tiempo en el metro todos los días: tenía que cogerlo para ir a trabajar al súper, al que antes podía ir andando. Además, los primeros días se me hacía incómodo entrar en el portal. Me sentía como una impostora, entrando en un lugar que no me correspondía.

Seguramente ayudó a sentirme así lo que me ocurrió con mis “encantadores” vecinos del segundo.

Yo llevaba sólo dos días en el apartamento cuando coincidimos cuando ellos salían, sin los niños, y yo volvía del súper, a las nueve de la noche, ojerosa y con el uniforme puesto.

Les saludé. Me contestaron. Pero cuando vieron que me dirigía al ascensor, de donde acababan de salir ellos, me miraron con sonrisas perfectas y blancas, y me señalaron hacia un lugar en el que no había reparado.

Se trataba de una puerta. De hierro. Elegante, porque allí todo lo era, pero algo menos que el resto. Más funcional.

Como no me moví y les miré con expresión interrogadora, ella, con una dicción perfecta, de colegio privado carísimo, sin perder la sonrisa, me dijo:

—Ese es el elevador que tiene que coger el servicio.

Estoy muy orgullosa de mí misma, porque, aunque soy de genio vivo, no me inmuté (al parecer, vivir allí me estaba cambiando).

Sonriendo yo también, aunque con una sonrisa mucho más desordenada que las de ellos, le contesté.

—Ah, está bien saberlo. Por cierto, soy vuestra nueva vecina del 4º B. Encantada de conoceros.

Y me metí en el ascensor y subí.

El caso es que, poco después de aquello, mi jefa, que sabía lo que me había pasado y no era mala gente, me hizo una propuesta genial. Nuestra cadena tenía establecimientos por todo Madrid y, al parecer, se había quedado libre un puesto de cajera en la tienda de la zona del Retiro.

Me lo ofreció. Y, por supuesto, lo acepté.

Aquello cambió mis planes de vender. La verdad es que volvía a ir al trabajo andando y, además, vivía en un lugar maravilloso. Bien que me dejaba una buena parte del sueldo en pagar la comunidad de vecinos, pero empezaba a pensar que merecía la pena apretarme aún más el cinturón para poder disfrutar de aquel lugar.

Además, los vecinos del segundo, aunque cambiaron su expresión exquisita del primer día, por una de susto, me seguían saludando con educación.

Una vez, incluso, subieron en el ascensor conmigo. Ella se pegó un poco más de la cuenta contra la pared del fondo, pero aguantó el viaje con elegancia.

El único que me tocaba un poco las narices era mi vecino de planta y balcón. Pero casi se había convertido en una distracción.

A veces, cuando le oía entrar, miraba por la mirilla, sólo por el gusto de cotillear y ponerle verde mentalmente. El caso es que el tío estaba bueno. Era imbécil, pero tenía un cuerpazo.

Igual que la pedazo rubia que tenía por novia, por cierto. Una tía que parecía aún más pija que la del segundo. Un auténtico bellezón de pómulos y nalgas altas. Y melena brillante y lisa como una tabla.

Un día, poco antes del desencuentro en el portal, los oí llegar y me acerqué a la mirilla. Normalmente llegaban relajados, hablando y sonrientes, pero aquel día no. Estaban serios, sobre todo ella. Y mantenían la distancia. Hasta el punto que, en un momento dado, mientras él abría la puerta, ella se acercó algo más y él estiró el brazo, como para decirle que ni se le ocurriera.

Desde luego, el tío era una joya.

Mis broncas con mis parejas solían ser mucho más ruidosas. Él no, él mantenía la compostura. Como el tío frío y estirado que era.

Y luego pasó lo del portazo en el portal, el día diez de marzo.

Y pensé que tenía que idear una venganza. No sé, algo tonto, como meterle mis cartas en el buzón y que las tuviera que sacar y meter en el mío todos los días. O hacerle la zancadilla sin que se diera cuenta otro día que coincidiéramos en el portal.

Pero el caso es que todas esas tonterías mías se diluyeron como azúcar en el agua cuando nuestro mundo explotó y se fue a la mierda, el día quince de marzo.

Capítulo 5

A ver, no es que no me hubiera enterado de nada antes, algo había oído. Tenía, incluso, una clienta, que entonces me parecía pesada, que cuando pasaba por caja, todos los días, me hablaba de lo que había pasado en China y lo que estaba pasando en Italia. Pero reconozco que no me lo tomaba en serio. Me parecía algo lejano, que no tenía que ver conmigo y que, si era verdad que iba a llegar aquí, como insistía la clienta, sería como una gripe. Eso decían, además, en todas las teles. Que tampoco veía mucho, por cierto, porque cuando salgo de trabajar y llego a casa, a mi lo que me gusta es leer.

La primera alarma me saltó el día diez. Cuando el gobierno de la Comunidad de Madrid mandó a casa a todos los chavales al dejarlos sin clases.

La Comunidad los mandó a casa, pero ellos fueron en masa a los súper, a comprar bebida para hacer botellón. Que algo tendrían que hacer sin cole y con el día tan bonito que hacía.

Y claro, con eso me estresé bastante. Que no me gusta nada convertirme en policía, pidiendo el carnet todo el rato. Y aguantar las broncas y los intentos de engañarme de gente maleducada.

Y ese día también empezó lo del papel higiénico y los carros repletos de yogures y leche.

Así que sí, vale, algo ya me iba oliendo. Pero reconozco que lo del día quince fue un mazazo total. No lo vi venir.

Al día siguiente, cuando fui a trabajar, me enteré de que era trabajadora esencial. Eso me hizo ilusión, la verdad. Aunque solo un ratito. Luego, enseguida, me di cuenta que ser esencial era una mierda. Al menos en mi ramo.

Primero el trabajo se me multiplicó por dos. Por tres. Por diez. Todos los clientes del supermercado decidieron bajar a hacer la compra a la vez. Más los que no eran clientes pero, ya que pasaban por allí, aprovechaban para buscar lo que no habían encontrado en su súper habitual (papel higiénico, fundamentalmente).

Todos estresados, agobiados y exigentes.

Hasta los más simpáticos estaban serios y me trataban con urgencia e impaciencia.

Y luego estaban los que se habían enterado aún menos que yo.

Y se te tiraban encima, a pesar de que ya en todas partes, en la tele, pero también en la entrada del súper y en el suelo y en las paredes, había carteles enormes que decían : guarde la distancia de seguridad .

Pues con algunos no iba el asunto. Ni aunque estuvieran tosiendo como bellacos a centímetros de mi oreja, aceptaban cuando les decía que se separaran un poco (la de veces que tuve que oír esos primeros días: “¡ay, hija, que sólo es una tos, cómo te pones!”).

Y mi jefa nueva no era tan simpática como la anterior. O, la pobre, no podía hacer otra cosa, yo qué sé. Porque cuando le pedimos guantes y mascarillas nos dijo que mejor que no. Que íbamos a asustar a los clientes.

En fin, que el principio fue terrible.

Por suerte, en una semana, el stock para una año de papel higiénico de los clientes de mi súper se completó, y empezaron a hacer las compras de manera más normal.

La mayoría seguían mostrándose demasiado serios e impacientes, pero ya no había esas colas interminables. Así que el trabajo, aunque más incómodo que nunca, se estabilizó. Yo no enfermé a pesar de las toses cercanas de los primeros días y una nueva forma de vivir se instauró entre nosotros.

Aunque a mi, a pesar de la incomodidad adicional y el miedo a contagiarme, que ese sí que era nuevo para mi, la vida no me cambió demasiado.

Seguía trabajando mis ocho horas diarias. Cuando volvía a casa, veía algún telediario, para enterarme de cómo iban las cosas, pero apagaba enseguida la tele para no ponerme más nerviosa de la cuenta (¡todo era tan terrible!). Y me ponía a leer. Más que nunca incluso. Ese era mi bálsamo, mi medicina, lo que me salvaba de dejarme llevar por el miedo y la desesperanza. Como siempre, por otro lado.

Aunque bueno, sí añadí una rutina nueva: los aplausos de las ocho.

Empecé a hacerlo en cuanto lo propusieron, uno de los primeros días del confinamiento. Me contó la iniciativa, una vez más, aquella clienta que estaba tan enterada de todo lo que tenía que ver con aquella palabra nueva que había invadido nuestras vidas.

Coronavirus.

—Esta noche voy a salir a las ocho al balcón a aplaudir —me dijo sonriente mientras metía los últimos productos en la bolsa.

—¿Y eso? —le dije yo, intrigada.

—Es para agradeceros lo que estáis haciendo.

—¿Lo que estamos haciendo? —le pregunté, atónita, hasta el punto que me salió un gallo.

—Sí, claro, todos los que trabajáis para cuidarnos y hacernos esta desgracia más llevadera.

Hay que reconocer que la mujer era un cielo.

Porque yo me emocioné, como el día que me enteré de que era esencial, pero cuando puse la tele, una vez más, me desilusioné. Aunque alguno lo decía, mencionaba a todos los “esenciales”, los aplausos no eran para todos, claro, eran para los sanitarios.

Que me pareció genial, que conste. Ellos eran quienes estaban en primera línea, los más afectados, los que más bajas tenían en el combate que estábamos librando todos. Y también quienes más nos cuidaban.

Por eso, a partir de ese día me propuse no faltar a la cita. Decidí que aplaudiría durante cuatro minutos y medio por los sanitarios. Por todos. Enfermeras, personal de limpieza, auxiliares, médicos, celadoras, personal administrativo... Y dejaría los últimos treinta segundos para el resto de “esenciales”: conductoras de autobús, agricultores, transportistas, reponedores, policías, estibadores..., y cajeras.

Esa misma noche empecé. Primero me asomé a la ventana del salón. Y me puse a aplaudir. Pero el lugar no me gustó nada. Enfrente de nuestro edificio había otro enorme, que albergaba algún organismo oficial y que, por eso mismo, estaba completamente vacío. En nuestro edificio no había nadie más asomado. De los del segundo y mi vecino no esperaba otra cosa, claro. Y la señora Aurora era demasiado mayor. Era cierto que al fondo vi algunas figuras en edificios lejanos, y se oían unos tímidos aplausos, pero aquello era más deprimente que emocionante.

Y entonces me acordé de la palabra que había utilizado la clienta: balcón.

Yo también tenía uno.

Así que me dirigí allí. En el patio no había nadie, por supuesto, pero al empezar a aplaudir me di cuenta de que, al estar cerrado por cuatro paredes, hacía un eco muy bonito. Ya no parecía que aplaudía yo sola, sino que había alguien más. Además, quizá también por efecto de las paredes, desde allí se oían mejor los tímidos aplausos del exterior.

Decidí que ese sería mi lugar todas las tardes a las ocho, e incrementé la velocidad y fuerza de mis aplausos, sonriendo yo sola, como una boba.

Y entonces, en el balcón de enfrente, algo se movió.

Sin dejar de aplaudir y sonreír, me fijé bien. La puerta no se había movido, seguía cerrada a cal y canto, pero detrás del cristal había alguien.

Estaba él.

Me miraba fijamente. Sí, sin duda. Y allí se quedó, el minuto siguiente. Sin hacer otra cosa que mirarme. Primero serio y luego, de repente, luciendo una ligera sonrisa que, de lejos, me pareció irónica.

Y entonces, al mismo tiempo que él se retiró, yo dije en alto:

—Será imbécil.

Capítulo 6

¡La señora Aurora!

Cuando estaba a punto de salir hacia el súper, a las 7:30 de la mañana, ya vestida con mi uniforme, que era horrible, por cierto (no sé a quién se le podía haber ocurrido la combinación de blusa de rayas verdes y rojas con falda azul eléctrico), se me apareció la cara de mi vecina del tercero.

Había estado repasando mentalmente lo ocurrido el día anterior en el balcón y, después de insultar por enésima vez al vecino de enfrente, me acordé de Aurora. La mujer era muy mayor y vivía sola. Hasta entonces no se me había ocurrido, pero bien podía ser que estuviera sola en el mundo. O que tuviera la familia muy lejos de allí. De repente, sentí una gran aprensión. ¿Y si le había pasado algo?. Ya llevábamos unos días confinados, ¿y si no tenía para comer?. Aunque era muy temprano, decidí bajar andando y tocarle el timbre.

Cuando giré en el descansillo entre el cuarto y el tercero, me di cuenta de que no era la única a la que se le había ocurrido aquello.

Allí estaban los dos, la señora Aurora, con la puerta entreabierta, pero dentro de su casa, y mi vecino, en el descansillo, a dos metros de ella.

—Hola, bonita —me dijo ella, sonriente. Llevaba una bata rosa que medio tapaba el camisón, también rosa, que llevaba debajo, y estaba un poco despeinada, pero se la veía muy bien, en plena forma.

—Hola, señora Aurora —dije yo, un poco atropellada, porque me había puesto nerviosa al verle a él —ya se que es muy temprano, pero venía a ver si se encontraba bien y necesitaba algo. Yo trabajo en un súper, ya sabe, así que puedo traerle lo que necesite.

—Sois los dos adorables —dijo ella entonces, mirándolos alternativamente, a mi y al vecino, con una sonrisa un poco rara que, entonces, no supe interpretar.

—Yo he venido a preguntarle lo mismo —dijo él entonces, dejándome sorprendida. Porque era la primera vez que oía su voz, y sonó grave, varonil y dulce a la vez. Una combinación que nunca hubiera esperado que se podría asociar con él. Una combinación que hizo que un escalofrío, no precisamente de frío, no precisamente desagradable, me recorriera la espalda. “Qué raro”, pensé, pero enseguida me concentré otra vez en lo que estaba ocurriendo.

La señora Aurora nos agradeció el interés y nos confirmó que, efectivamente, vivía sola y no le quedaba familia cercana. Acordamos con ella que pasaríamos todos los días a saludarla, en horas diferentes él y yo, para asegurarnos de que se encontraba bien. Yo me comprometí también a traerle la compra. Nos despedimos de ella, que, antes de meterse de nuevo en su casa, nos volvió a mirar y sonreír de aquella manera extraña, y seguimos nuestro camino los dos. Que era el mismo. Porque los dos íbamos a trabajar.

Y ya que estábamos en la escalera, empezamos a bajar a la vez, sin coger el ascensor.

La verdad es que el tío me había roto un poco los esquemas con esa visita a la señora Aurora y aquella voz aterciopelada que tenía, pero no me olvidaba de sus desplantes de días anteriores, así que decidí hacer todo el camino en silencio. Para hacerle la bajada un poco incómoda.

Y sí se lo debía estar haciendo, porque, por primera vez, me empezó a hablar.

—Los López de Villarreal se han ido a su casa de la sierra, así que estamos solos los tres en el edificio.

Supuse que se refería a los del segundo. “López de Villarreal”, claro, apellido largo y con “de” en medio, como no podía ser de otra manera. Pero huyendo, como todos los “curritos” que habían llenado los aparcamientos de la sierra cuando ya estaba prohibido hacerlo. En la

pandemia, como desnudos, todos éramos iguales, pensé. De todas formas, no le hice ningún comentario. Seguía empecinada en hacérselo incómodo. Sólo solté un gruñido, igual al que había utilizado él hasta entonces cuando se cruzaba conmigo.

Llegamos al descansillo del portal en absoluto silencio, pero, no sé por qué, él decidió decir algo más para despedirse. El virus le estaba cambiando, pensé irónica. Se dio la vuelta, cuando ya estaba al lado de la puerta y yo había bajado el último escalón, y dijo:

—Entonces, Violeta, yo paso por casa de Aurora por las mañanas y tu por la tarde-noche, para que así le traigas la compra , ¿de acuerdo?

Era lo que habíamos acordado un momento antes, no había misterio, pero sí hubo algo que me desconcertó y no pude evitar claudicar de mi silencio y preguntarle:

—¿Cómo sabes mi nombre?

Él, sin apenas moverse ni decir ni “mú”, volviendo a ser el tío engreído que yo conocía, levantó el dedo índice derecho y señaló debajo de mi hombro, a la derecha.

Justo donde estaba la etiqueta -dorada -en la que venía mi nombre. La etiqueta que estaba obligada a llevar al trabajo, al igual que el uniforme.

No me acordaba, joe.

Me había ganado esa mano. Pero, como si de un duelo se tratara, enseguida contraataqué:

—De acuerdo, Alberto.

Y él no pudo evitar picar, como había picado yo unos segundos antes.

— Y tú, ¿cómo sabes el mío?

La verdad es que disfruté repitiendo paso por paso su actitud y su gesto. En silencio, con media sonrisa irónica y con el índice apuntando igual que había hecho él, señalé el buzón que estaba al lado del mío, en el que seguía el nombre de mi tía. En el suyo, con letra negra de imprenta, ponía, Alberto Fernández, 4º A.

Él sonrió abiertamente esta vez. Al parecer, había ganado yo y él lo aceptaba.

—Adiós, Violeta —dijo —pero cuando tenía medio cuerpo fuera, ya en la calle, se giró un momento y, sin dejar de sonreír, añadió —: Por cierto, ¡cuántos colores llevas encima!

Y ahí me quedé yo, dentro del portal . Con mi uniforme rojo, verde, azul y dorado, y con mi nombre. Tratando de asimilar. Que tenía unos ojos azules preciosos. Que su sonrisa plena era espectacular. Que había jugado conmigo igual que lo había hecho yo con él. Y que había ganado él.

Capítulo 7

Pasaron más de veinticuatro horas hasta que le volví a ver. Ni en los aplausos ni en la visita a Aurora hubo rastro de él, como era normal, ya que en los aplausos no había vuelto aparecer después de aquel primer día tras el cristal, y la visita a Aurora la teníamos repartida precisamente para no coincidir.

Me lo encontré en el último sitio en el que hubiera esperado hacerlo.

—Hola, Violeta.

Eran las tres de la tarde, a esas horas solían entrar muy pocos clientes, así que aprovechaba para limpiar y desinfectar la cinta y la caja en profundidad. Por eso no le oí llegar y fue su saludo el que me hizo levantar la cabeza de golpe. Con un trapo en una mano y el spray de lejía diluida en la otra.

Y ahí estaba él, manteniendo escrupulosamente la distancia que marcaban las líneas del suelo. Sonriente. Elegante. Con una manzana en una mano y un yogurt natural en la otra.

— ¡Ah, hola! —le contesté intentando mantener la calma. El corazón se me había acelerado, primero por el susto, luego por comprobar que era él. No tenía muy buena cara, tenía algo parecido a ojeras, pero aún así seguía siendo un tipo guapo. Atractivo. Sobre todo cuando sonreía plenamente, como estaba haciendo ahora.

Pero yo seguía sin perdonarle los agravios anteriores, así que me mantuve profesional y educada, puse mi sonrisa de “atenderclientesquemelasoplan”, y le pasé la manzana y el yogurt por el lector:

Él, sin embargo, insistía en darme conversación personal:

—No sabía que trabajabas aquí.

— Son dos con cincuenta.

—No suelo entrar nunca, pero me he escapado un momento a por un tentempié. Y a que me de el aire.

—Qué suerte que tú puedes pasear...(con tono y cara de censura indisimulada).

—Es que trabajo aquí al lado (sin entrar a mi trapo y manteniendo la sonrisa y la amabilidad)

—Como si me importara dónde trabajas.

La última frase no la dije, claro. Sólo le sonreí lo más falso que pude e intenté transmitirlo mentalmente.

Pero nada, no se dio por aludido o había cambiado de táctica y me tocaba las narices siendo amable.

—Bueno, Violeta, que tengas un buen día. Nos vemos.

—Sí, igualmente.

Se despidió y se marchó. Y ahí pude aprovechar y mirarle a gusto de espaldas mientras se dirigía a la puerta de salida. Llevaba una camiseta gris, básica, y unos vaqueros. Pero le quedaba todo como un guante. La verdad es que tenía un cuerpazo, no excesivamente musculado, no parecía que metiera muchas horas de gimnasio, pero sí atlético y flexible. El culo y las piernas eran magníficos. Y los hombros, anchos y firmes.

Y en ese momento de concentración mía, de repente, se dio la vuelta de golpe y me pilló mirándole.

Sonrió de oreja a oreja, levantó la mano y dijo:

—Ciao.

Yo, vencida de nuevo, levanté un poco la mano y le contesté:

—Ciao.

Capítulo 8

Pasaron cinco días en los que no supe nada de él. No volvió al súper y seguíamos sin coincidir en la casa.

Mi rutina diaria se estabilizó. Trabajaba, volvía a casa, le hacía la visita a la señora Aurora, que cada día era un poquito más larga, ya que estábamos muy a gusto charlando juntas (ella dentro de su casa con la puerta abierta y yo en el descansillo, manteniendo cuatro metros de distancia, por lo menos, que lo último que quería era contagiar a aquella mujer). Luego, a mi apartamento. Los aplausos de las ocho, el telediario con una cena ligera delante, y a leer y leer hasta caer rendida.

Me estaba acostumbrando a la idea de que esa era mi vida ahora y lo iba a ser durante mucho tiempo. Echaba de menos, sobre todo, mis salidas con las amigas, pero solíamos mantener conversaciones por wasap y videoconferencias, así que ese apartado, también, lo tenía más o menos cubierto.

Y respecto a los hombres, lo cierto es que no había notado ni un cambio. Desde que había cortado con Alfonso, hacía siete meses, me había autoimpuesto una temporada de sequía. Ayuno masculino lo llamaba yo. No había tenido muchos novios antes que él, solo dos, pero los tres compartían una misma característica: eran infantiles. Y, por tanto, alérgicos al compromiso. Pero, a la tercera, en vez de culparlos a ellos, me di cuenta de que la fuente del problema tenía que ser yo. Estaba claro que buscaba tíos que no querían comprometerse. ¿Por qué?. No lo tenía claro, pero sospechaba que el ser hija de madre soltera tenía alguna relación con aquello. Sobre todo de una madre soltera como la mía, que no hacía más que echar pestes de los hombres y que no había tenido pareja conocida después de que “el desgraciado de tu padre”, como lo llamaba ella, la abandonara cuando estaba embarazada de nueve meses.

Sí, estaba claro que aquello me había tenido que influir y, por eso, me había buscado un novio que amaba el Real Madrid más que a mi - el primero -la playstation más que a mi -el segundo - y el surf (y los porros) más que a mi - el tercero.

Así que cuando le di puerta a Alfonso (que sí, que ya sabía que el que se había ido a Australia era él, que no me había dado puerta, sino varios océanos y continentes, pero necesitaba pensar que la última conversación por Skype la había cortado yo. Que me gusta quedar por encima siempre, vaya), decidí que tenía que resetearme. Hacer una limpia de karmas raros. No tocar a un tío nuevo hasta que no me aclarara. Hasta que no cambiara de gustos masculinos. O decidiera , como mi madre, que pasaba de todos.

Quedaba el tema físico, claro, pero ese llevaba tiempo solucionándolo de manera manual. Y con la ayuda de maravillosas novelas que me daban munición para desatar mi imaginación. Últimamente, había pensado comprarme un satisfyer, para darle más variedad al asunto, pero justo saltó el estado de alarma. La verdad es que lo podía comprar por internet, pero como el dedo me seguía funcionando bien, además de que, en esas circunstancias de alarma, mi deseo sexual estaba un poco en el limbo, lo dejé pasar.

Y esa era mi nueva vida. Hasta que cinco días después de la visita al súper, el vecino volvió a aparecer.

Capítulo 9

Lo hizo en forma de papel y tinta.

Salía a las 7,30, como todas las mañanas, cuando me encontré una nota en el suelo, al lado de la puerta de entrada. Alguien la había metido por debajo, entre las 12 de la noche, que es cuando me había acostado, y esa hora temprana.

Alguien que no podía ser más que él.

Efectivamente, la nota decía lo siguiente:

Violeta, debido a mi trabajo no voy a poder ocuparme de Aurora durante unos días, te pido, por favor, que, además de visitarla por las tardes, lo hagas también por las mañanas, en el que era mi turno. En cuanto pueda, retomaré mis visitas.

Gracias y Ciao

Alberto

Menudo rebote me agarré. No por tener que visitar más a Aurora, eso casi era un regalo, porque me encantaba estar con la mujer, sino por la jeta que tenía el tío. Se quería escaquear de todo. El rebote aumentó cuando salí al descansillo y escuché, perfectamente, el sonido que hacían las tuberías de conducción del agua. Unos tuberías que compartíamos y que se oían cada vez que uno de los dos se daba una ducha. Por si me quedaba alguna duda, de detrás de su puerta también salía sonido de música, algo suave y en volumen bajo, pero inconfundible. El tío se acababa de pegar una ducha y estaba oyendo música, tan tranquilo, mientras me pasaba a mi lo que para él debía ser un marrón.

Era difícil que alguien me cayera peor. Por mucho que fuera guapo. Y se despidiera con un Ciao que, no sabía por qué, me encantaba.

Bajé hasta el tercero a comunicarle a Aurora el cambio de planes, pero me sorprendió ella a mi, porque ya lo sabía:

—Sí, bonita, ayer vino Alberto, muy tarde, y me lo contó. Espero que no sea un engorro para ti.

—Claro que no, Aurora, estoy encantada de hacerlo, cualquiera lo estaría...

Dejé en suspenso la frase y ella la entendió como lo que era, una censura velada a la actitud de nuestro vecino:

—Alberto es encantador. Ha hecho muy bien en delegar en ti, con ese trabajo que tiene.

Ella lo dijo sin tono de censura hacia mi comentario. Sonó, en realidad como un mensaje informativo. Me quería decir algo. No sé muy bien qué, exactamente, pero sí en el fondo: que todo lo que hacía mi vecino le parecía bien.

Cambié de tema porque, por mucho que ella le apreciara, a mi no me iba a convencer. Y lo último que quería era discutir con ella.

—Entonces ¿estás bien Aurora? —le dije con cariño.

—Sí, sí, Violeta, estoy muy bien. Mejor que nunca incluso —añadió soltando una risita— quién me iba a decir a mi que en los últimos años de mi vida, cuando pensaba que no quedaba nadie a quien le podía importar, iban a aparecer dos ángeles como Alberto y tú. Sois maravillosos —terminó, volviendo a poner aquella mirada y aquella sonrisa que sólo le veía cuando Alberto y yo estábamos juntos, en su presencia o en su discurso.

—Me alegro, Aurora —le contesté yo, obviando la mención conjunta. Por la tarde volveré a pasar y te traeré la carne y la fruta que me pediste ayer.

La mujer me mandó un beso aéreo a cinco metros de distancia y se metió en su casa mientras yo salía hacia el trabajo.

Mientras bajaba la escalera, el enfado con Alberto fue bajando de intensidad. Al fin y al cabo, si a Aurora no le importaba, no tenía que ser yo más papista que el papa. Luego recordé que ella había mencionado su trabajo y, por primera vez, tuve curiosidad por aquello.

¡Seguro que es banquero!, se me ocurrió, cuando llegaba al descansillo del primero.

Los pijos como él se dedicaban a esas cosas de dinero. O broker de bolsa. O vendedor de seguros. No sé, cualquier cosa que moviera, y diera, mucho dinero. Había oído, además, que ellos también eran esenciales. Los banqueros. Y los de seguros.

Seguro que estaba muy ocupado moviendo dinero de un lado a otro, como para atender a Aurora, volví a pensar, retomando un poco mi enfado de minutos antes.

¡Que le den!, pensé al final, mientras salía a la calle y lo olvidaba en cinco minutos.

Capítulo 10

Pasaron varios días sin ninguna novedad, salvo que la situación sanitaria cada vez estaba peor. Como mi súper estaba cerca del hospital Gregorio Marañón, el sonido de las ambulancias se convirtió en la banda sonora de mi vida. Al principio se me encogía el corazón cada vez que oía una. Imaginaba a la persona que llevaban dentro: alguien desvalido, enfermo y, sobre todo, muerto de miedo, porque se estaba enfrentando a algo de lo que solo se conocían dos cosas: que no existía medicina para curarlo y que mataba a muchos, de repente, sin darles opción a salir adelante. O solo con la ayuda de un respirador, que no siempre funcionaba (esa palabra, respirador, había pasado a formar parte de nuestro vocabulario habitual).

Lo cierto es que me duraban poco rato esos pensamientos, porque me provocaban tanta angustia, que intentaba quitármelos de la cabeza como fuera. ¿Cómo lo conseguía? Mientras trabajaba, haciendo mi trabajo lo mejor que podía. Siendo amable incluso con quienes no lo eran, que eran muchos esos días. Y escuchando con atención a los señores, y, sobre todo, señoras, que querían charlar un ratito mientras pasaban por la caja. Yo sabía que para muchas de ellas, aquella era la única conversación que iban a tener en todo el día, así que las animaba a contarme más cosas. Aunque la cola creciera un poco. Y los que esperaban, que solían ser de los poco amables, se impacientaban. Yo también hacía mi propio triaje (otra palabra nueva aprendida), y decidía en cada momento a quién salvaba.

También me ayudaban mucho a mantener la tranquilidad las visitas a Aurora. La de la mañana, la que debería hacer Alberto, era más corta. Lo justo para saludarla y comprobar que estaba bien. Pero la de la tarde se había convertido ya en nuestro oasis diario.

Ella abría la puerta de su casa de par en par, pero se quedaba dentro, sentada en un sillón que había acercado al pasillo, precisamente para estar cómoda en esos momentos.

Yo me sentaba en el penúltimo escalón del tramo de la escalera que unía el cuarto con el tercero. A unos cuatro metros de donde estaba ella. Y empezábamos a charlar.

Yo le contaba anécdotas del súper, pero sólo las que hacían reír, que había unas cuantas, por cierto. Y ella me hablaba de su vida. Y de la vida en general. Había sido directora de una agencia de viajes, una de las más grandes de España y, por su trabajo, había recorrido el mundo muchas veces. Conocía casi todos los países, había estado en lugares maravillosos, mágicos, increíbles, pero para ella sólo había uno que merecía la pena:

—El mejor lugar del mundo, Violeta, es el otro.

—¿Qué otro?

—La persona que amas.

Cuando me lo dijo, me quedé con la boca abierta.

—¡¡Qué bonito!!! — le dije después, porque en mi mente yo era una romántica empedernida. Aunque en mi vida real no lo practicara mucho.

—No es bonito. Es verdad —me dijo poniéndose un poco seria—. Yo me he casado tres veces y he querido a los tres con toda mi alma. Están enterrados juntos. Y ya he pedido que me entierren con ellos. La verdad, no es que quiera morir, pero estoy deseando volver a estar con ellos y ser, por fin, uno, aunque sea bajo tierra.

Me dejó sin palabras. Por suerte, enseguida cambió de tema.

—¿Y Alberto? ¿Sabes algo de él?

El cambio de tema me sorprendió un poco, pero bueno, sirvió para alejarnos de la muerte de sus tres maridos y su extraño enterramiento (¿habrían sabido de antemano el segundo y el tercer marido dónde iban a acabar? ¿o lo había decidido Aurora sin consultarles?).

—No, no sé nada de Alberto. Ni me interesa, la verdad.

Le contesté menos aséptica de lo que me hubiera gustado, porque ya sabía que ella le apreciaba y no le quería disgustar.

Aunque no pareció contrariarse. Al revés, volvió a poner aquella sonrisa y mirada enigmáticas y sólo dijo.

—Alberto y tú. Tú y Alberto...

Luego volvimos a hablar de otras cosas y olvidé aquello. Pero a la noche, en la cama, lo volvió a recordar. Y como un momento ¡eureka!, comprendí, de golpe, el sentido de las miradas y sonrisas de Aurora: ¡nos quería emparejar!

Empecé a reírme, yo sola, hasta que acabé soltando carcajadas.

Desde luego, Aurora era encantadora, pero en ese tema no había dado ni una. Si había un tío con el que no iba a tener nada de nada (vamos, ni un roce involuntario en la escalera) era Alberto. No me gustaba N. A. D. A.

Y entonces tuve otro momento eureka.

Bueno..., nada, nada..., pensé. El tío estaba bueno de narices. Observado fríamente, era un tío muy atractivo al que le hubiera echado, no una, sino cientos de miradas si me lo hubiera cruzado en un bar por primera vez.

Pero eso era todo.

Pura fachada.

Porque el resto no tenía desperdicio. En el peor sentido, claro.

Era clasista, arrogante y, encima, egoísta e insolidario.

Yo había sido un desastre con los hombres antes, pero si hubiera intentado algo con aquel, me habría llevado el trofeo a la tonta del país.

Así que, como se solía decir en estos casos, ni aunque fuera el único hombre que quedara vivo en el mundo...

Pero me hacía gracia Aurora, la verdad. Era, de hecho, la primera vez que me encontraba con alguien que quería ejercer conmigo de celestina. Hasta entonces había tenido a mi madre al lado, que había hecho todo lo contrario: ponerme en previsión contra los hombres. Contra todos. Y mis amigas, bastante tenían con sus propios líos, que no eran pocos, como para meterse en los míos. Lo más que hacían era consolarme cuando mis desastrosas elecciones de pareja empezaban a dar sus frutos.

Así que, aunque había fallado el tiro, totalmente, le agradecía a Aurora el interés. Igual al día siguiente se lo diría y echaríamos unas risas.

Capítulo 11

A la mañana siguiente, bajé donde Aurora a hacerle la visita rápida de las 7:30.

Pero no me abrió.

Los primeros treinta segundos no me preocupé. Estaría en el baño o, tan profundamente dormida, que no se había enterado.

Volví a tocar el timbre.

Una vez.

Esperé otros treinta segundos

Dos veces.

Treinta segundos más

Tres veces.

Diez segundos y...

dejé el dedo pegado al timbre. Asustada.

Al minuto sin respuesta, levanté el dedo del timbre y empecé a dar vueltas en el descansillo, sin saber qué hacer. “Le ha pasado algo”. “¿Qué hago?”. Era lo que me repetía todo el rato, mientras me movía en círculos, como un pollo sin cabeza.

Hasta que, de repente, su puerta se abrió.

Ahí estaba, medio encogida, sujetándose a la manilla de la puerta porque, si no lo hacía, se veía que se iba a caer, con los labios de color azulado, y una respiración fatigada, agobiarte.

Me acerqué corriendo hacia ella, pero me paró en seco, sacando su mano y me dijo, en un susurro ahogado:

— No te acerques. Llámale a Alberto, por favor.

No era momento de discusiones. Ni de poner objeciones. No tenía ni idea de por qué prefería que viniera Alberto en vez de yo. Lo que estaba claro es que estaba muy mal y que quería que Alberto se hiciera cargo de lo que hubiera que hacer.

Y que yo le iba a hacer caso, por supuesto.

Subí las escaleras de dos en dos, mientras le gritaba:

— Tranquila, Aurora, cariño, ahora lo arreglamos — Como si fuera posible. Como su estuviera en mi mano. O en la de alguien...

Llegué ante la puerta de Alberto y pegué el índice sobre el timbre, como había hecho un momento antes ante la puerta de Aurora. Nada más hacerlo me entró el agobio, pensando que quizá no estaba, y que qué íbamos a hacer..., pero la puerta se abrió inmediatamente.

Ahí estaba él, al otro lado. Vestido como el otro día, con camiseta y vaqueros, con pinta de estar a punto de salir. Pero con muy mala cara. Las ojeras de la última vez se veían más pronunciadas. Y también tenía un montón de marcas extrañas en la cara, como las que te haces cuando duermes boca abajo y se te quedan grabados en la piel los pliegues de la almohada.

También estaba extrañamente tranquilo. Teniendo en cuenta que hacía días que no nos veíamos. Y eran las 7:30. Y había dejado mi dedo clavado en su timbre.

— Dime, Violeta — dijo manteniendo esa calma extraña.

— Es Aurora. Creo que tiene Covid. Está muy mal.

Para qué andarme con rodeos. Esa información era la única que importaba.

Y él se puso en acción. Pero sin perder aquella calma.

— Tú quédate ahí, no te muevas — me dijo señalando mi puerta. Y se metió dentro de su casa.

En cualquier otra situación, lo habría discutido. ¿Quién era él para decirme lo que tenía que hacer? Y, además ¿qué hacía yendo a su casa en vez de ir corriendo a donde Aurora? Pero no era

una situación normal. Y, además, él lo había dicho tan seguro y con tanta autoridad que, como una autómatas, le hice caso y me pegué a la puerta de mi casa.

En menos de un minuto volvió a salir.

Y esa fue la primera vez que vi a Alberto de verdad.

Capítulo 12

Con guantes, gafas transparentes y mascarilla puestas, Alberto examinaba a Aurora, que había acabado sentada en el suelo, semi recostada contra la pared de la entrada de su casa.

La mujer tenía muy mala cara y respiraba fatigosamente. Lo justo para mantenerse consciente.

—Tranquila, Aurora, te vamos a curar —le dijo Alberto mientras le auscultaba, con una voz que aunaba cariño y autoridad y era, en ese lugar y momento, lo único bonito que estaba sucediendo.

Aurora asintió trabajosamente y le cogió la mano, enguantada en azul, con la suya, también de color azul por las venas que la surcaban, y se la apretó ligeramente. Como para darle las gracias.

Yo lo estaba viendo todo desde lo alto de las escaleras. Porque no le había hecho caso del todo a Alberto y había bajado un poco.

Cuando terminó de examinar a Aurora, Alberto sacó el móvil, pero antes de marcar se giró y me miró. Se había dado cuenta de que estaba ahí, pero no había dicho nada.

—Vale Violeta, pero no te muevas de ahí, es peligroso —me dijo, entendiendo mi necesidad de saber lo que pasaba.

Lo dijo mientras estiraba el brazo, con la palma extendida, para reforzar la idea de que no debía acercarme.

Y entonces me di cuenta de que era el mismo gesto que le había visto hacerle a su novia unos días atrás, cuando los espíe por la mirilla. Aquello había pasado poco antes del estado de alarma, pero cuando el tema del coronavirus ya estaba en todas partes.

Y en ese momento entendí que no se había tratado de un gesto desagradable en una discusión, sino, seguramente, de lo mismo que me estaba haciendo a mi: un gesto de protección.

Antes de terminar de asimilar aquello, Alberto se puso a hablar por teléfono: estaba pidiendo una ambulancia. Para Aurora.

Todo pasó muy deprisa. La ambulancia llegó pitando, con personas que parecían extraterrestres, enfundadas en trajes blancos impermeables, como de película de ciencia ficción. Tapados enteros, se les veían sólo los ojos, a través de gafas y pantallas protectoras. Era difícil saber si eran hombres o mujeres, aparte de intentar deducirlo por el tamaño. E imposible adivinar sus edades.

Pero todos eran amables. Cariñosos. Se llevaron a Aurora, pobrecita, tan frágil y desvalida, sólo con lo puesto. Iba muy mal, pero tuvo fuerzas para levantar su mano y moverla un poco, y así despedirse de mí, que miraba desde el portal cómo la metían en la ambulancia.

Y así fue cómo comencé el día, oyendo una nueva sirena pero, esta vez, de cerca. Mucho más de lo que me hubiera gustado.

Cuando el vehículo se perdió de mi vista, me di cuenta de que Alberto, que había estado ayudando a colocar a Aurora en la ambulancia, se había quedado y estaba a unos metros de mí. Mirándome. Con cariño.

Eso era una novedad.

La voz con la que me habló y el tono ya no lo eran tanto, llevaba unos minutos oyéndole hablar así. A los compañeros de la ambulancia. A Aurora:

—No te preocupes, Violeta, está en las mejores manos. Haremos todo lo que podamos. Yo voy ahora hacia allí.

—¿A dónde? —le dije, un poco ida, porque estaba todavía en shock.

—Al Gregorio Marañón. Trabajo allí. Soy intensivista.

En ese momento no entendí nada. Bueno sí, estaba claro que era médico. Y que trabajaba al

lado de mi super, en el hospital Gregorio Marañón. Pero la última palabra no la procesé. No le di muchas vueltas porque, como una autómatas, seguí las instrucciones de lo último que me dijo antes de desaparecer, él también, rumbo al hospital.

—Violeta, tienes que volver a casa a ducharte y cambiarte de ropa, por si acaso. Y luego tenemos que fregar con lejía el portal. Ya lo haré yo cuando vuelva.

Subí a casa, llamé al trabajo y les conté lo que había pasado, para avisarles de que llegaría más tarde. Me duché. Me cambié. Y miré en internet qué era un intensivista.

Luego fregué yo el portal y le metí una hoja debajo de la puerta a Alberto, para avisarle de que no hacía falta que lo hiciera él.

Porque resulta que un intensivista es el médico especializado en cuidados intensivos. Esos que estaban colapsados, pero que eran el último rayo de esperanza para los enfermos más graves. El lugar donde se vivían los dramas más terribles de la pandemia. Y también los milagros más hermosos. Y los momentos más emocionantes.

Había visto imágenes en la tele, fugaces, de esos lugares. Espacios con camas y camas con personas enchufadas a respiradores. Luchando por su vida, apilados, unos al lado de otros.

Había tenido pesadillas después de aquello.

Pero también había visto imágenes de cuando extubaban a alguien. Con cantidad de sanitarios alrededor de la cama del enfermo, y muchos más a los lados, y en el pasillo, y durante el recorrido de la cama del enfermo a planta.

Y todos aplaudiendo, emocionados.

Y esas imágenes que, en principio, parecían esperanzadoras, para mí eran más terribles que las otras. Eran las que daban la medida exacta del drama que estábamos viviendo.

Porque, si los trabajadores de cuidados intensivos festejaban de aquella manera algo que, hasta entonces, había sido rutina para ellos, ¿qué estarían viendo? ¿cómo de enorme era el grado de desesperanza y muerte que estaba provocando todo aquello?

Por eso fregué el portal. Mientras pudiera hacerlo yo, no iba a permitir que él hiciera otra cosa que lo que estaba haciendo.

Luego, pasé el día más o menos. Por suerte, hubo bastante trabajo, era viernes y la gente, con la inercia de la normalidad todavía, bajó en mayor cantidad a hacer la compra. Eso me permitió no pensar en Aurora cada minuto. Sólo cada cinco.

En Alberto también pensé. Bastante. Estaba claro que le había juzgado mal. Para empezar, no había dado ni una respecta a su profesión. Pero eso era lo de menos. Lo importante era que no había dado ni una respecta a muchos de sus comportamientos. Había dejado de ir donde Aurora para protegerla de él, que estaba en continuo contacto con el virus. El gesto a su novia, estaba claro, también tenía que ver con protección, no desprecio. Y así se podía interpretar también el portazo que me dio. Aunque ahí no dejaba de ser crítica con él. Aquel día podía haber mantenido la distancia conmigo siendo amable, explicándolo incluso. No, no lo veía todo de color de rosa. El tío parecía mejor de lo que yo había juzgado. Pero sin pasarse. En su trabajo se veía que era bueno. Y amable. Y cariñoso. Así se había mostrado con Aurora. Pero eso no era suficiente para subirle a los altares. Ni siquiera para perdonarle sus gestos de desprecio hacia mí. El mes que se había tirado sin saludarme, cuando llegué al edificio, era significativo. Así que, concluí, era un tío mejor de lo que había pensado, pero no lo suficiente para que bajara la guardia ante él. Hablaría con él, de Aurora, pero poco más.

Cuando llegué a casa, por primera vez, no puse el telediario. No me veía con fuerzas para ver imágenes que ya había vivido yo, esa mañana. Preferí meterme en la bañera con los cascotes con música suave, para intentar relajarme. Más o menos lo conseguí. Una vez fuera, con el pijama

de corazones rojos que solo me ponía cuando quería darme ánimos, me dispuse a preparar la cena. Y entonces lo oí.

Un ruido nuevo.

Extraño.

Como si algo golpeará suavemente un cristal.

El cristal de mi cocina.

Al poco lo volví a oír.

Una.

Dos veces.

Y decidí salir.

Y ahí estaba Alberto, con su camiseta y pantalones habituales, asomado a su balcón. Mirándome con una sonrisa un poco triste.

—Perdona, Violeta. Acabo de llegar. Te he tocado el timbre, pero no me has oído. Quería contarte cómo está Aurora.

—Ah, sí, claro, ¿cómo está? —me salió un poco atropellado, por la sorpresa de tenerle ahí, enfrente. Y por los nervios de saber de Aurora.

—Está grave, no voy a ocultártelo. Le hemos tenido que sedar y poner un respirador —se me encogió el corazón. Y él siguió —Pero hay esperanza. Siempre la hay. Es mayor pero fuerte. No tiene patologías previas, aparte de su edad. Igual lo consigue.

Igual

Me quedé con esa palabra . Aparentemente inocua. Pero terrible en esas circunstancias.

Luego, él, siguió dándome detalles:

—Antes de sedarle he podido hablar un poco con ella. Llevaba días con síntomas, pero nos lo había ocultado. Para no preocuparnos, me ha dicho —y puso cara de circunstancias.

La misma que puse yo, cuando le contesté:

—Desde luego...

—Yo habría hecho lo mismo, de todas formas —continuó él , comprensivo —aparte de paracetamol, poco se puede hacer al inicio de los síntomas. Y, después, por desgracia, mucho menos de lo que nos gustaría. A veces —terminó en un tono más bajo —creo que solo nos sirve rezar. Lo malo es que no soy creyente.

Lo había dicho como para sí mismo. Una especie de confesión íntima que me encogió un poco el corazón. Por eso, enseguida, me salió algo para distender un poco:

—Sí, yo estoy pensando en sacrificar una cabra.

La carcajada sonó en el patio, ampliada por el eco. Fue corta, pero lo suficiente para cambiarle la expresión lúgubre de antes, por una relajada. Y divertida.

Yo, enfrente, le miraba sonriente también. Me alegraba de haberle hecho reír. De haber escapado de la realidad un momento.

Pero luego, él, lo estropeó.

Porque se quedó mirándome fijo, sonriente, pero raro. Era una mirada, una sonrisa, de extrañeza. Como si fuera raro que una cajera tuviera sentido del humor, interpreté yo.

Y, después, lo estropeó más.

—Bueno, Violeta, vamos a descansar. Si te parece, quedamos aquí mañana para que te cuente cómo va Aurora —me dijo volviendo al tono amable del inicio.

—De acuerdo —le contesté yo, sin poder evitar que sonara un poco seca, porque la intuición que había tenido un segundo antes me había amoscado.

Él no pareció darse cuenta. Me sonrió y utilizó su despedida habitual:

—Ciao, Violeta —pero cuando ya se iba girando para entrar en su apartamento, sin dejar de sonreír amable, señalándome, añadió—Por cierto, ¿hace falta que uses eso?

Al principio pensé que se refería a mi pijama. Con la conversación me había olvidado, pero la verdad es que era muy llamativo, hortera vamos. No estaba para perder el tiempo en sentimientos prescindibles en estos tiempos, como la vergüenza. Pero lo cierto es que empecé a ponerme roja, hasta que me di cuenta de que no me había señalado a mí, sino a mi derecha.

No me lo decía por el pijama.

Me lo decía por el tendedero.

Que estaba a mi lado, lleno de ropa.

Capítulo 13

¡Serás, pijo!

No se lo dije a él, claro. Ya se había metido dentro. Dejándome ahí. Con la boca abierta. Y un mosqueo de narices.

Con la que estaba cayendo. Con la que le estaba cayendo a ÉL y ¿se preocupaba porque en su “pijocasa” había un tendedero proletario en un patio que no veía nadie?

Nadie más que él, claro.

Pero igual era eso todo. Que le ofendía a su vista de niño bien.

El caso es que me fastidió bastante. Porque, aunque me costaba reconocerlo, había estado a gusto hablando con él. Después del día tan horrible, aquella conversación había sido un oasis. Y me había gustado hacerle reír.

Pero el tío lo había estropeado todo. O, simplemente, pensé al final, él era así y no había que darle más vueltas. Que ya lo había clasificado bien desde el primer momento.



Al día siguiente, a la misma hora, ya no sonó el ruidito en la ventana, sino que oí su voz llamándome : ¡Violeta! .

Salí porque quería saber de Aurora y él era el único que podía contarme algo. Pero, si hubiera podido, no le habría vuelto a mirar a la cara. Las horas pasadas, en vez de suavizar mi enfado, lo habían aumentado. Había estado rumiando, una y cien veces, recordando todos sus agravios. Sus no saludos, el portazo (que volví a interpretar “sin coronavirus”) , su mirada asombrada ante mi humor, el tendedero...Lo tenía claro. Clarísimo. Alberto era un pijo clasista que me miraba por encima del hombro. Y yo le iba a aplicar el correctivo que aplicaba en estos casos.

Mi indiferencia.

Salí al balcón entonces, esta vez vestida como él: camiseta y vaqueros (que me quedaban como un guante, por cierto, aunque esté mal que lo diga yo). Y le miré, seria, pero no demasiado, y como atravesándolo, como si fuera transparente. Una mirada que había ensayado en el espejo y que quería transmitir: no me interesas.

—Hola, Violeta —me dijo con una medio sonrisa amable, ignorando mi pose estudiada — ¿qué tal estás?

—¿Qué sabes de Aurora? —le solté yo, como un disparo, ignorando su preámbulo. Quería ir al grano y dejar de verle.

Puso un segundo cara de asombro, estaba claro que le había sonado brusca, pero enseguida continuó, amable, como si mi reacción hubiera sido normal.

—Sí, eso te quería contar. Sigue igual. Estable, dentro de la gravedad. Sedada e intubada. Y va a estar así muchos días. Y mejor así, porque la alternativa es peor— terminó, con un tono y una mirada algo tristes.

—Vaya mierda—dije tan solo.

Volvió a mirarme, desconcertado de nuevo por mi respuesta áspera, pero continuó, amable.

— La verdad es que sí. Hacemos lo que podemos, pero está siendo muy duro.

Joe. Aquello me descolocó un poco. No lo hizo adrede, claro, pero fue un golpe bajo para mi determinación a odiarlo. Porque con esa mención me había recordado lo que hacía. Y que yo todas las tardes salía a aplaudir a gente como él. Así que por fin, me bajé de mi pedestal y le miré, de frente. No me exployé mucho en la respuesta, de todas formas.

— Aha.

—Violeta ¿te pasa algo?.

Y me quedé sin palabras. Pero esta vez sin prepararlo. Ni se me había pasado por la imaginación que pudiera confrontarme así, tan de frente. Tan claro. En mi plan, yo me mostraba gélida y él se asombraba. Se ofendía incluso. Pero no me preguntaba nada.

De repente, mi plan me pareció un horror. No tenía ni una confianza con él. ¿Qué le iba a decir? ¿que me había enfadado porque no le gustaba mi tendedero?

Pues sí. Eso fue lo que hice.

Aunque no exactamente así.

— Ah, no, qué va..., es sólo que no te quiero hacer perder el tiempo.

(¡¡¡¡¿¿¿Pero, qué dices???!). Eso es lo que sonó en mi cabeza. Acababa de mandar a tomar viento fresco cuatro meses de actitud digna.

—Claro que no me haces perder el tiempo, ¿por qué dices eso? —él, muy asombrado .

Y yo, ya , cuesta abajo y sin frenos:

—Bueno, está claro que no te gusta relacionarte con gente como yo.

—¿Cómo tú?, ¿qué quieres decir?, ¿cómo eres tú? — más asombrado, con cara de no entender nada.

—Sí...,cajeras...

(¡¡¡¡Violeta, por favor, cállate!!!) . En mi cabeza, de nuevo

—Pero...¿me estás hablando en serio? —y soltó una carcajada. Nada ofensiva, al contrario. Alegre. Divertida. y mirándome con cariño incluso —. No sé de dónde te has sacado eso. Yo no tengo nada en contra de las cajeras —y volvió a reírse —perdona, pero es que no tiene sentido. Y es hasta divertido que pienses eso, ya me explicarás...

—Sí —le corté —te explico.

Y le hice un resumen de nuestros cuatro meses de convivencia en el portal. De perdidos al río. Ya no había manera de arreglar aquel desaguisado que había producido yo solita. Así que decidí ser clara, como había sido él hacía un momento.

—Para nada.

Por primera vez estaba serio. Muy serio

—¿Cómo dices?

—Que no es cierto nada de lo que has dicho. Yo no soy así. Sólo soy una persona reservada.

—Pero...—intenté retomar mis razones.

—No, Violeta, lo siento, pero no has dado ni una. Llevo en esta casa apenas un mes más que tú, desde que me destinaron al Gregorio Marañón. La casa no es mía, estoy en alquiler. Y puedo pagarlo porque me lo ha dejado a un precio asequible un paciente agradecido. Con mi sueldo no podría pagar lo que valen aquí los alquileres. Como te he dicho, soy un hombre reservado. La misma Aurora me riñó al poco de llegar, porque no le saludaba. Sí lo hacía, igual que a ti, solo que era tan discreto que no os dabais cuenta. El día del portal te vi, claro, y me hiciste gracia. Desde el primer día me pareciste graciosa, pizpireta y resuelta. Tanto, que conseguiste cambiar mis saludos discretos por otros más evidentes. Ese día te vi haciendo algo raro y no quise molestarte. Tampoco pensé que querías entrar. Y sí, como se te ocurrió ayer, entré muy rápido porque yo ya estaba manteniendo la distancia con la gente. En el hospital ya sabíamos lo que había y no quería contagiar a nadie —lo dijo todo seguido. Pero con calma y autoridad.

Y la verdad es que todo encajaba. Y yo estaba avergonzada:

—Lo siento... —¿qué otra cosa podía decir?.

—Ah, y te dije lo del tendedero —continuó él como si no me hubiera oído — porque me

extrañó que no tuvieras secadora. En mi casa hay una. No sé por qué, pensé que lo normal es que tuvieras tú también. No sé, se me ocurrió sin más, por decirte algo al despedirme. Me caías bien. Ahora..., ya no se...

Capítulo 14

Recompusimos la relación. Bueno, en realidad, la iniciamos, porque lo de antes no había sido una relación, sino un intercambio de frases con un prejuicio. Que es lo que me dijo él que había hecho yo .

Yo lo acepté porque, al parecer, tenía razón.

A partir de ese día, empezamos a quedar en el balcón cuando él volvía del hospital. No tenía hora fija. Solía ser tarde o muy tarde. Me contaba cómo iba Aurora, que seguía igual, y luego hablábamos un poco. Era verdad que era reservado, pero se notaba que estaba a gusto conmigo. Igual que yo con él. Al principio estábamos poco rato, y no hablábamos de nada profundo, ni personal, era, sin más, una forma de tener contacto humano en un tiempo en el que era muypreciado. Sobre todo si vivías sola. O solo.

Pero poco a poco, cada día hablábamos un poco más.

Un día llegó antes y salió al balcón a las ocho. A la hora de los aplausos. Abrió la puerta justo cuando yo empezaba a aplaudir. No paré. Seguí haciéndolo, mirándole, dándole a entender que no iba a parar hasta que pasaran los cinco minutos de rigor. Y él se metió dentro. Y volvió a salir, enseguida, con una banqueta. Se sentó y se quedó ahí, mirándome, sonriente, hasta que terminé.

—¿Por qué lo haces?, no te oye nadie —me dijo, cuando terminé, con esa sonrisa que me desarmaba un poco, la verdad.

—Bueno, me oyes tú. Que eres uno de los receptores del aplauso. ¡ Fíjate qué suerte, que tengo mi propio sanitario para aplaudirle! —le dije, burlona.

—Violeta, que ya sé que no lo haces por mí —me respondió, en el mismo tono.

—Digamos que lo necesito, Alberto —seguí yo, sería esta vez —no puedo hacer nada para parar esto, para ayudar. Cuando aplaudo, siento que empujo un poco en la dirección adecuada.

—No digas tonterías, Violeta. Lo que tú haces también es fundamental.

—¡Sí, hombre! —me salió del alma.

— El otro día me dijiste que era un pijo clasista — me dijo entonces, mientras yo me tapaba la cara avergonzada, porque era verdad que se lo había dicho el día que me embalé y me quedé sin filtro — pero la clasista eres tú.

—¿Qué quieres decir ? —le respondí, ya sin vergüenza, sino escamada.

—Que tienes prejuicios hacia tu trabajo. No lo respetas. Y de esa manera, no te respetas a ti.

—Desarrolla — le dije, amoscada, pero dándole una oportunidad antes de enfadarme.

—Diste por supuesto que te menospreciaba, cuando no era verdad. Ahora me niegas que haces un trabajo esencial, cuando es evidente que sí lo es.

Me quedé callada un momento.

—Está claro que no es cosa mía solo, a nosotros no nos aplauden como a vosotros. Es un “no respeto” general. Yo no hago más que constatar lo que todo el mundo da por hecho.

—Ah, pero eso es otra cosa. ¿Que lo hacen otros ? . Si. ¿Que te lo haces tú a ti misma?. También. Y eso es lo que no está bien. No puedes aceptar como bueno algo que no lo es. Además, no es cierto del todo lo que has dicho , no lo hace “todo el mundo”, yo sí te respeto. A ti y a todos los que trabajáis en otros ámbitos tan fundamentales como el mío. ¿O te crees que podríamos vivir sin agricultores, sin transportistas que nos acercan las cosas que necesitamos, sin quienes nos hacen las mascarillas?

Me dejó con la boca abierta. Y un poco emocionada, la verdad. Era muy bonito lo que había dicho. Yo estaba de acuerdo, además, claro y, en mi cabeza, yo creía que siempre había estado

orgullosa de lo que hacía . Pero Alberto había encontrado un fallo en mi concepto de mi misma del que no había sido consciente hasta que me lo señaló en ese momento. Tenía razón, no lo llevaba con tanto orgullo como creía. Por eso había malinterpretado su actitud hacia mí (¿quizá también había malinterpretado a los del segundo?). Desde que llegué al edificio había interpretado todo como hostil a mi. Mis orígenes. Mi uniforme.

No tenía duda de que así era muchas veces. De que no se respetaban igual unos trabajos y otros. Ni unos orígenes y otros. Pero también era verdad que había personas diferentes, que miraban a la persona. Estaba Aurora. Y el mismo Alberto . Dos contra uno en el edificio (y eso, sin dejar el beneficio de la duda a los del segundo). Sí, Alberto tenía razón, tenía que darle un par de vueltas a aquello. De hecho, visto desde ese punto de vista, mi orgullo de clase, el que me había hecho juzgarlo a él tan duramente, no era más que una respuesta exagerada a un supuesto agravio. O sea, complejo de inferioridad.

De todas formas, el orgullo yo lo llevaba de serie. Pensaría cómo trabajarme lo que me había dicho, pero en aquel momento no le iba a dar la razón así como así. Yo, como el aceite, siempre por encima.

—Ummm, ya, sí..., el día que alguien nos aplauda a nosotros, te lo cuento.

Creo que notó lo apurada que estaba para no darle la razón, me empezaba a conocer , y me dió una tregua. Ya se había quedado a gusto y había soltado lo que quería decirme, cobrándose la venganza por lo que le había dicho yo unos días atrás, pero no quiso hacer sangre. Y me ayudó a desviar el tema más crudo por el lado más folclórico:

—¿De verdad te gustaría que os aplaudieran? ¿Que un grupo de gente y policías con sirenas y toda la parafernalia fueran al súper a las ocho ? A mi me incomoda un poco, la verdad. Agradezco el apoyo, no me malinterpretes, pero ya sabes que soy reservado y esto es un poco..., excesivo para mi.

Yo tampoco quise hacer sangre con él, que mira que me lo había puesto fácil con aquel comentario soberbio que acababa de soltar, y seguí por el lado lúdico del asunto.

— Pues sí, la verdad, yo no soy tan discreta como tú —le dije sacándole la lengua y haciendo que sonriera —a mí me gustan esas cosas. Fíjate que a veces, en mi tiempo libre, me gusta buscar en youtube videos de sorpresas emocionantes y cosas así. De esas en las que hay un montón de gente mirando — añadí, haciendo la conversación ligera del todo —. Mis favoritos son las vueltas de soldados del frente.

Levantó una ceja y me miró con asombro.

— Sí, eso existe —continué yo, irónica, respondiendo a la pregunta que no había formulado en alto — en EEUU, por supuesto. Se las hacen a las mujeres y los hijos, a los padres. Cuando vuelven, después de meses en Iraq y sitios así. Se graban entrando por sorpresa en casa. Escondidos en una caja o, mis preferidas, entrando en una cancha de deporte en la que está jugando el hijo, con las gradas a rebosar de gente.

—Uffff —dijo, ahora tapándose la cara él, pero no de vergüenza propia, sino ajena —me hacen algo así a mi y me da algo.

—Pues a mí me encantaría —continué yo, sincera, porque era verdad lo que le estaba diciendo —. Ah, y también me gustan mucho las de pedidas de mano. Pero las que se hacen a lo grande y con mucho público , en centros comerciales, en medio de la calle... Seguro que le hiciste una de esas a esa novia que tienes —solté yo , bromeando, pero sin pensarlo mucho , que no sé por qué se me ocurrió llevar la conversación a un terreno tan personal.

No pareció molestarse ni nada. Solo se puso un poco serio. Un poco nada más. Y me soltó, como si nada.

—Ah, no , no, qué va. Ni loco hago algo así yo. Además, ya no es mi novia. Me dejó hace cinco días. Por wasap.

Capítulo 15

Ya me iba dando cuenta de que Alberto era así. Reservado sí, pero, de repente, te soltaba una bomba. Como aquella de su novia. Su ex novia.

Al día siguiente, como ya empezábamos a tener un poco de confianza, volví a sacar el tema.

— ¿Llevábais mucho tiempo juntos?

—Cinco años — dijo, como quien menciona que va a llover.

—¡¡¡¿¿¿Cinco años????!!! ¡¡¡¿¿¿Y te ha dejado por wasap????!!! ...será...

—Llevábamos un tiempo raros —me cortó antes de que empezara a despellejar a su ex — creo que esto no ha hecho más que precipitar un final que tenía que venir.

— ¿Esto? ¿No te referirás al tema del Covid? ¿No te habrá dejado por eso, no?

—Digamos que lo ha acelerado. En un principio se iba a trasladar aquí a pasar juntos el confinamiento. Pero tiene a los padres mayores, estaba preocupada. Y, al final, yo le animé a ir con ellos a Murcia . Estar conmigo era estar en peligro permanente, no tenía sentido. Le pareció bien. Y luego, una vez allí, se ha dado cuenta de que lo nuestro no funciona.

—¡ Vaya perra !

Me salió del alma.

—No es mala gente, Violeta, de verdad —insistió él, con mirada un poco tristonza, pero con esa calma permanente que era su seña de identidad.

Me costaba entender su comprensión. Lo que le había hecho... aquella... no tenía nombre. Dejar a alguien por wasap es de cobardes, en cualquier caso, pero después de cinco años, es de miserables. Y no te digo si encima se lo haces a alguien que se está jugando la vida en ese momento.

— De todas formas, no te conozco mucho, pero chico, si a mi me hacen eso, estaría metida en la cama llorando. Y a ti se te ve bien. — No lo dije para fastidiarle, pero la verdad es que me asombraba que estuviera tan tranquilo.

Se quedó un momento pensativo y me contestó:

— También me he preguntado estos días por qué lo llevo tan bien, no te creas. Y creo que es por dos cosas. La primera, porque no tengo tiempo. Y no lo digo por frivolidad. No sabes lo que estamos viviendo — era la segunda vez que hacía mención a su trabajo delante de mí. La primera, me había impactado, y esta segunda, que estaba más receptiva, aún más. Detrás de aquella frase tan simple, estaban aquellas imágenes que había visto por televisión y..., mucho más. Todo horrible. Se intuía en su tono, en su mirada...Pero yo no estaba preparada para escucharlo aún (no sé si lo estaría alguna vez), así que reconduje su conversación:

— ¿Y la segunda?

— Que yo tampoco estaba enamorado de ella ya.

Capítulo 16

Cada día estábamos un poco más. Y nos conocíamos mejor. Estábamos cogiendo una confianza extraña, porque, aunque habían pasado muy pocos días desde que habíamos empezado a relacionarnos de balcón a balcón (¿dos semanas?), a mi me parecía que llevábamos toda la vida así. Y era extraña, porque, antes de encerrarnos, en la otra vida, habría sido imposible conseguir una relación así con alguien en tan poco tiempo. Se lo dije un día.

—Cuando era un chaval vi una noche un reportaje sobre la dictadura de Pinochet, en Chile — me contestó —entrevistaban a personas que habían sido torturadas. Se me quedó grabada la historia de un hombre. Para mi era mayor, pero estaría en la treintena. Contaba que había sido torturado cuando era un chaval, más o menos a la edad que tenía yo entonces: diecisiete, dieciocho. Le habían metido en una celda y le habían golpeado, aplicado descargas eléctricas, asfixiado con una bolsa..., en fin, todo el horror de las torturas. Cuando le dejaban solo, oía cómo torturaban a otros en celdas vecinas a la suya. El caso es que en la de al lado había una chica. No se conocían. No sabían como eran. Empezaron a hablar de pared a pared. Dándose ánimos. Contándose su vida. Fueron pocos días. Igual solo unas horas, porque a él lo liberaron. No había vuelto a saber de ella. Habían pasado, fácil, quince años y, en la entrevista, se veía que, para él, aquella chica había sido la más importante de su vida. Me impresionó mucho. Y creo que ahora lo estoy entendiendo, porque me está pasando algo parecido. En circunstancias tan extremas, es como si el tiempo tuviera otro significado. Todo se acelera y amplifica. Me pasa en el trabajo. Y me pasa contigo.

Y se quedó unos segundos mirándome, sin decir nada.

Yo, mirándole en silencio también, me quedé clavada, asimilando lo que acababa de contar.

Era muy bonito. Bueno, era triste, pero también bonito. Porque me había metido en la historia. Con su trabajo, pero ahí estaba yo, acelerando y amplificando su tiempo.



En cualquier caso, aunque nuestra confianza aumentaba, y surgían entre los dos momentos mágicos como aquel, no terminábamos de dar el paso para decir que éramos amigos. O algo más profundo. Bueno, en realidad íbamos dando pasitos, pero lo hacíamos desacompañados. Cuando yo intentaba provocar un avance, él se escondía. Y lo mismo sucedía al revés.

No sé qué sentía él por mí. Que estaba a gusto conmigo estaba claro, pero no sé si había algo más. Y a mi, lo cierto es que me empezaba a gustar Alberto, bastante, pero tampoco quería avanzar más. De hecho, un día se lo dije, cuando me preguntó:

—¿Y tú, tienes pareja?

—Estoy haciendo ayuno.

Levantó una ceja y puso cara de diversión y asombro a la vez.

—Desarrolla —dijo copiando mi expresión del otro día y ampliando la sonrisa.

—Soy un desastre escogiendo hombres, Alberto. Elijo siempre a los más infantiles, los que no quieren comprometerse, sino jugar.

—Bueno, eso quiere decir que puedes escoger, así que sólo tienes que cambiar tus criterios de selección.

—Es una forma de hablar. Escojo o se me acercan.

—Sí, vale, pero si se te acercan los no adecuados, también puedes no escogerlos.

—No me lées, Alberto —le dije riendo.

—Quiero decir que seguramente, vamos, no tengo la menor duda, porque no hay más que verte —dijo, con una mirada un poco diferente de las que me había echado hasta entonces —,

tienes mucho donde escoger. Y entre todos habrá más de uno que no sea infantil. Y quiera comprometerse contigo. Sólo que no lo estarás viendo. Tienes que cambiar la mirada. Estoy seguro de que no te fijas en los adecuados.

—No sé, Alberto, puede ser —zanjé rápido —pero he decidido pasar una temporada sin hombres. Desintoxicarme. No quiero ni mirarlos. Agacho la cabeza cuando me cruzo con alguno —terminé, exagerando y usando el humor, por supuesto.

—Bueno, a mi me miras y conmigo hablas —añadió, utilizando el mismo tono distendido.

—Es que no me queda más remedio. A ti te aguanto porque no hay nadie más en la casa , ¿con quién hablaría si no?.

Juro que mi intención era seguir con el tono de broma. Usar la ironía. Pero reconozco que quedó un poco borde, la verdad. El hizo un gesto muy sutil, pero como echándose hacia atrás, y se le congeló un segundo la sonrisa, pero luego, enseguida, siguió como si nada. Hablando y bromeando conmigo.

Y al día siguiente me hizo aquello.

Había llegado un poco antes de lo acostumbrado, yo estaba recién llegada de hecho, aún no me había quitado el uniforme. Y oí su llamada.

Salí.

Y me lo encontré ya enfrente, mirándome un poco raro. Cuando iba a decirle algo, se puso el índice sobre los labios, para hacerme callar, y se agachó un momento. Estaba manejando algo.

Se puso de pie.

Y en ese momento, en todo el patio, empezó a sonar una canción.

Era italiana. Y era preciosa. Antigua, porque sonaba antigua. Pero preciosa.

Nos quedamos los dos de pie, sin movernos, oyéndola, mirándonos.

Nunca había sentido algo igual. La música me envolvía, pero era algo más. Era como si la música pasara a través de mi cuerpo y me conectara con el suyo. Con él.

Era como si nosotros, los dos, fuéramos la canción.

Emocionante. Mágico.

Y la cagué.

— Vaya antigualla me has traído hoy.

Sí, dije eso. Con tono irónico y cara de suficiencia, además.

El no dijo nada. Se puso serio, pero no como enfadado, no. Era una expresión de desilusión, tristeza, resignación. ...,no sé, un poco de todo eso y algo más que no supe descifrar.

Luego se encogió de hombros ligeramente, levantó la mano un poco, como para despedirse. Y se metió dentro.

Capítulo 17

Estuve llamándole un rato. Pero nada. No volvió a salir. Se había enfadado. O se había hartado de mi.

Me fui a la cama muy liada, la verdad. ¿Por qué había dicho aquello? ¿por qué la había cagado de aquella manera? Estaba claro que él lo había hecho con buena voluntad y yo había herido sus sentimientos. O su orgullo. Sólo por eso ya estaba mal hecho por mi parte. Pero, lo incomprensible es que para mi había sido uno de los momentos más mágicos de mi vida . Y lo había despreciado. A él, pero también a mi. O a lo que sentía.

Estuve dando vueltas y vueltas en la cama, hasta que llegué a la conclusión de que lo había espantado de aquella manera por miedo a lo que había sentido. Tenía que hacerme mirar aquello, desde luego. Pero, antes, había algo más urgente que hacer. Tenía que pedirle perdón a Alberto.

Perdón.

Una palabra que no existía en mi diccionario (el D.M.O., el Diccionario de la Mujer Orgullosa)

Pues tenía que incorporarla, me obligué.

Al día siguiente estuve atenta y le oí llegar. Serían las nueve de la noche.

Esperé un rato, el que se necesitaba para ducharse y picar algo, con la esperanza de que volviera a salir al balcón. Pero, ¡qué va!. Seguía enfadado. O había decidido pasar de mi definitivamente.

Respiré hondo y salí al descansillo, Y le toqué el timbre.

No tardó en abrir. Lo cual me sorprendió, porque había temido que no me abriera la puerta. No dijo nada, sólo levantó la ceja. Volviendo a ser el Alberto que había conocido cuando me mudé.

—Vengo a pedirte perdón, Alberto. Ayer fui una impresentable

¿Para qué andarme con rodeos?: corto, directo y cierto.

El volvió a levantar la ceja. Respiró hondo. Se pasó la mano por la cara, me miró y dijo:

—Venga, vamos al balcón.



Salí como si fuera una niña con zapatos nuevos. ¡Que alivio!. En ese momento me di cuenta de lo importantes que eran esos encuentros para mi. De lo importante que estaba empezando a ser Alberto para mi.

— No sé por qué hice eso (sí sabía, pero no se lo iba a contar a él, claro) —le dije cuando se asomó , para seguir con la conversación, para seguir con las explicaciones. Pero no cogió el guante. O sí, pero a su manera.

—Verás, Violeta , me acordé de la canción y pensé que podría gustarte — “¡oh, qué adorable!” , pensé, empezando a derretirme un poco... —es una canción que conozco de los cursos que nos dan sobre comunicación médico-paciente. Nos explican cómo comunicar malas noticias: enfermedades terminales, muertes... — ... y acabando mojada del todo, con el jarro de agua fría que me acababa de soltar. Con un tono, además, más distante que el de los últimos días.

Al parecer, había vuelto a la actitud del principio. Volvía a ser un tío correcto y reservado. Y volvía a llevar la conversación a terrenos menos personales.

Acepté la derrota. Porque era eso. Después de varios días en los que habíamos avanzado hacia algo..., bonito, volvíamos a la casilla de salida.

Me lo tomé con deportividad. La culpable había sido yo, además. Ya volveríamos poco a

poco al punto donde lo habíamos dejado antes de que yo lo fastidiara. Así que cogí su guante, y le pregunté más sobre el tema que había sacado.

—Ah, qué interesante... (en realidad me producía más miedo que interés). Y, ¿en qué sentido se relaciona la canción con eso que me cuentas? ¿La letra?. Cómo no sé italiano...

—La canción sale en una película que se suele utilizar en esos cursos que te digo, los de cómo dar malas noticias. Nos suelen poner fragmentos de la película para enseñarnos cómo no hay que hacer las cosas —sonrió, irónico— el caso es que conocí la película gracias a uno de esos fragmentos. Luego la ví, por curiosidad. Y es bonita.

—¿Cómo se llama?

—”MI vida sin mi”.

—No me suena...

—Pues te la recomiendo. Aunque es triste...

—Ah, entonces no —me salió del alma— ahora no estoy para tristezas, la verdad, bastante con la que nos rodea.

Se me quedó mirando, fijo. Pero no con censura. Ni siquiera con la dureza que le había notado un momento antes. Lo que le estaba pasando por la mente le había suavizado un poco la expresión. También se la había entristecido.

—Sí, ojalá pudiéramos hacer con la realidad como con las películas. No verla cuando duele. O apagarla —movió la cabeza ligeramente, como negando lo que estaba pensando en ese momento, y añadió— Pero no se puede...y, encima, lo aprendido en esos cursos no sirve para nada. Estábamos preparados para dar malas noticias de vez en cuando. No todo el rato. Y no así. Por teléfono...

—Lo siento...—la verdad es que no sabía qué decir. Sonaba todo tan terrible...

—Tranquila, todos tenemos lo nuestro. Para ti también habrá momentos duros — me respondió, con ganas de cambiar de tema, supuse.

—No es comparable, Alberto. En realidad yo no me debería quejar mucho. Me va mejor que a la mayoría: tengo trabajo, que no es ni de lejos tan duro como el tuyo, estoy sana..., hay una cosa, quizá un poco tonta, que echo mucho de menos: los abrazos. Me gustaría abrazar a alguien. A cualquiera. Hasta a los del segundo — dije intentando bromear. Y luego, cambiando mi expresión, mirándole intensamente, me salió del alma, sin pensarlo —. Me gustaría abrazarte a ti, Alberto.

No pareció que le impactó. Ni que le sentó mal. Nada. Continuó igual. Quizá sonrió un poco y luego dijo:

— Hasta mañana, Violeta

Y se metió en su casa,

Sin decir ciao.

Capítulo 18

Al día siguiente volvió a salir al balcón. Por iniciativa propia, no tuve que tocarle el timbre.

Yo había estado pendiente. Le había oído llegar y, desde entonces, me había mantenido en la cocina, en tensión, deseando oír su voz.

No sufrí mucho porque no tardó nada. En menos de un minuto escuché el “¡Violeta!” que me sonó a música celestial. Al parecer todo volvía a estar bien.

Pero cuando me asomé, después de intentar contar diez para no quedar muy ansiosa, pero haber conseguido solo llegar a tres, me di cuenta de que nada parecía estar bien.

Tenía una cara horrible.

Los días anteriores había ido desmejorando, poco a poco. Las marcas en su cara de las gafas, el protector y la mascarilla ya parecían ser parte de él. Al igual que las ojeras. Pero, además de eso, cada vez se le veía más marchito. No quiero saber cuántas horas metía seguidas en el hospital, sin descanso, así que yo lo achacaba a eso. Aunque, seguía siendo un hombre guapo. El cansancio no le hacía perder atractivo. A veces yo pensaba que, incluso, le favorecía. Aquellas marcas y aquel cansancio eran la señal de lo que estaba haciendo, sus marcas de guerra. Sus marcas de héroe.

Pero aquel día había algo más.

Al principio pensé que había enfermado. Me dio un vuelco al corazón, pero enseguida se puso a hablar y me lo explicó. O lo intentó:

—Violeta, ¿recuerdas cómo te conté ayer que me habían dado cursos sobre cómo transmitir malas noticias?

—Sí...(un poco cautelosa)

—¿Y que te dije que en la situación actual no servían de nada?

—Sí...(más cautelosa aún)

Se apoyó en la barandilla del balcón, con los brazos estirados, como si estuviera cogiendo impulso. Seguramente lo estaba haciendo. Y luego me miró y me soltó:

—Aurora ha muerto.

Estoy segura de que en aquellos cursos les decían expresamente que ese tipo de noticias no se podían decir así. A lo bruto. De repente. Pero, como me había dicho el día anterior, esos cursos tampoco contemplaban la posibilidad de hacerlo por teléfono. O en un patio interior, de balcón a balcón.

Me dolió, claro. Y lloré.

Si mi yo de dos meses atrás me hubiera visto en ese momento, no habría entendido nada ¿estaba llorando por una mujer a la que apenas conocía?.

Sí, claro. Porque, como el mismo Alberto me había contado unos días atrás, el tiempo en nuestras nuevas vidas se había estirado. Aurora, y los ratos que pasamos en la escalera, a cuatro metros una de otra, se había convertido en una de las personas más importantes de mi vida. No la iba a olvidar nunca.

Me acordaba de sus historias, de cómo nos miraba a Alberto y a mí (¡ay, Aurora, cómo le gustaría vernos ahora!). Pero, sobre todo, me acordaba de una cosa que me estaba torturando en ese momento: de sus tres maridos, enterrados uno encima del otro, esperando el cuerpo de ella. Un cuerpo que nunca iba a reposar con ellos, porque, como había visto en las noticias, los almacenaban y los incineraban de cualquier manera.

Eran malos tiempos para tener un buen final. Ni siquiera un final decente.

En ese momento, mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas, me hice una promesa en

firme. Cuando todo mejorara, cuando volviéramos a la vida de antes, no sabía cómo, pero me enteraría de dónde estaban enterrados sus maridos e iría a llevarles a Aurora. No sé si sus cenizas, veía difícil conseguirlas, pero sí su alma.

Les contaría qué había sido Aurora para mí y, de esa manera, lo que yo había recibido de ella quedaría flotando sobre ellos, en mis palabras.

Me tranquilizó un poco pensar eso. Y pude volver poco a poco al balcón. Y a Alberto, enfrente de mí, mirándome con tristeza.

—Es un alivio que llores.

Le miré con los ojos húmedos. Y un interrogante en ellos.

—Nadie llora —me explicó —es una de las cosas más duras. Antes, cuando la muerte tenía un sitio importante en mi trabajo, pero no lo inundaba todo, como ahora, los familiares reaccionaban como yo creía que era normal. Algunos resignados, otros enfadados. Algunos se desmayaban, otros gritaban y mucha gente mantenía el tipo como podía. Pero todas, todos, lloraban. Ahora no llora nadie. Y es un silencio terrible. Por eso, y espero que entiendas lo que te quiero decir, tus lágrimas son la primera vuelta a la normalidad que he sentido estos días. Y, aunque comparto tu pena por Aurora, en ese sentido y solo en ese, me alivian.

Lo entendí, claro. Y él siguió.

—¿Sabes qué es lo más duro que me ha ocurrido? Un hombre, algo mayor que yo. Cuando le dije que su madre había muerto. Me aplaudió. Nos aplaudió.

Capítulo 19

Hablamos un poco más de aquello. De él. De lo que estaba viviendo.

—En uno de aquellos cursos —siguió contándome —también nos dieron un consejo que he seguido a menudo. Mi trabajo, como supondrás, es, entre toda la profesión médica, uno de los que más cercanos a la muerte está.

— Sí , claro —odiaba aquel tema. Bueno, odiar no, me daba terror. Pero esta vez iba a aguantar. Estaba claro que necesitaba desahogarse y yo iba a intentar regalarle mi atención. Era lo menos que podía hacer. Mucho más valioso que aplaudir.

—Pues nos recomendaron visitar de vez en cuando la natalidad. En concreto, la sala donde están las cunas y los recién nacidos.

—¡Anda! —me salió de dentro. Junto con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí —me dijo él. También sonriendo —. Se supone que tenemos que compensar, que no es bueno estar siempre rodeado de enfermedad y muerte. Y que la mejor compensación es ver a los recién nacidos. La otra cara de la moneda. El nacimiento. Y lo cierto es que funciona... Que funcionaba —añadió después de un silencio —porque ahora ya no puedo hacerlo y lo echo de menos.

—Bueno, Alberto, no te preocupes, volverás a hacerlo —¿qué le iba a decir?, una obviedad, un lugar común. Seguro que con eso no le ayudaba nada...

—Ahora, lo único que me alivia un poco es ver tu sonrisa, como la de ahora.

¡¡¡Ostras , lo que había dicho!!!.

Me quedé clavada. Con miedo a moverme, casi a respirar, por si cambiaba de opinión. O decía algo que estropeaba el momento. Él. O, peor aún, yo.

No cambió de opinión. Ni yo dije nada que lo estropeó. Volvió a hablar él:

—A mi también .

—¿Qué? —casi balbuceé, porque no entendía a qué venía eso.

—Que a mi también me gustaría abrazarte a ti —soltó. Y volvió a su apartamento.

Capítulo 20

Me acordaba del título de la película: “mi vida sin mí”. Al parecer había tenido bastante éxito, hacía un montón de años. Normal que no me sonara. No quise saber nada de la sinopsis y los personajes, ya me había dicho Alberto que era triste y seguía esquivando todo aquello a lo que se le ponía ese adjetivo. Todo aquello que no tuviera que vivir, claro, como la muerte de Aurora. El caso es que fui directa al buscador y puse: mi vida sin mi, canción italiana.

Me devolvió un resultado, repetido : “Senza fine” de Gino Paoli.

La busqué en youtube y la puse. Y sí, sin ninguna duda, era la que me había puesto Alberto.

Y también sin ninguna duda, me producía el mismo efecto . De emoción. De unión con él.

La escuché entera, varias veces y sonreí para mí. Sí, era perfecta. Aunque no me podía apuntar ese tanto, porque era de Alberto.

Descubrirme la canción, claro, no lo que iba a hacer yo con ella.

Que me la iba a jugar.



Cuando me llamó del balcón esa noche, salí y repetí lo que había hecho él tres días atrás. Bueno, solo una parte de lo que había hecho. Llevé mi índice a los labios para hacerle callar antes de que empezara a hablar. Me agaché. Encendí el aparato y el patio se llenó con la música.

Luego, me puse en pie y le miré. Allí estaba él, de pie también. Mirándome.

Mantuve la tensión de la mirada un momento. Era importante. Escuchamos los dos, en silencio, la primera estrofa de la canción.

Y entonces yo hice un movimiento. Sonriendo, de oreja a oreja, pero sin dejar de mirarle: levanté mi mano derecha y la puse un poco extendida, a la altura de mi corazón. Luego extendí la izquierda también, pero esta vez hacia arriba, y bastante, hasta donde más o menos calculaba que tendría que subirla para rodear el cuello de Alberto.

Él lo entendió enseguida, y sonrió aún más. Divertido.

¡Uf, qué alivio!

Yo le hice un gesto con la cabeza.

Lo entendió también. Y colocó su mano izquierda de la misma manera que tenía yo mi derecha. Mientras con la otra, más abajo, hizo un gesto redondeado. El gesto que tendría que hacer para rodearme la cintura.

Y entonces, cuando en la canción Gino Paoli acababa de decir “*mani grandi, mani senza fine*” [1], empezamos a bailar.

Capítulo 2 1

¿Teníamos una relación?

No lo pusimos en palabras, desde luego, pero después del baile todo cambió. Bueno, cambiar no, se hizo manifiesto.

Alberto volvía a despedirse con un “ciao”, pero lo importante era lo que pasaba antes de eso. Cómo nos mirábamos, ya sin disimulo. Y lo que nos contábamos.

Él necesitaba desahogarse un poco todos los días, y me hablaba del hospital. Y yo, a pesar de lo que me costaba, le escuchaba, como acto de...¿amor?.

¡Uf!...la palabra...

La que mi tía Elisa me había dejado en herencia junto con el apartamento. Y Aurora con su historia de vida. Pero que yo me resistía a utilizar. Para mí misma, por supuesto, porque lo de decírselo a él era ciencia ficción.

Igual que él a mi, que conste. Aunque me decía otras cosas:

— Ahora eres mi luz, Violeta.

—¿Sustituyo a la sala de neonatos?

—Sí, por supuesto. En cuanto me dejen ir, dejarás de verme en el balcón —con una sonrisa y “esa” mirada. Porque ya había entendido que la mejor manera de desarmar mi cinismo era con el humor. Y el...

No, aún no usábamos la palabra.

Pero sí incorporé otra.

Que me daba menos miedo.

Un día que habíamos empezado con el corazón encogido. Y también nos habíamos reído mucho, con una anécdota del súper. Antes del “ciao,” me salió:

—¿Quieres follar?

Aunque parezca mentira, la sorprendida fui yo con su respuesta.

—Sí, claro —y su sonrisa de victoria.

—Te lo digo en serio, Alberto. Podemos hacerlo por wasap, que sirve para más cosas que dejar a alguien. Lo sé porque es lo único decente que aprendí del australiano. El mecanismo de la llamada, no el contenido —y hasta ahí. Era lo último que pensaba decir sobre nuestros ex.

—Yo también te lo decía en serio, Violeta. Sí. Quiero follar contigo. Aunque la verdad es que ahora mismo preferiría abrazarte.

Touchée.

Me lo comería.

Pero no podía. No podíamos.

—Yo también, Alberto, pero el sexo puede ser un buen sucedáneo, ¿no crees?

Y entramos en la habitación. Cada uno en la nuestra. Y nos contactamos.

—No he hecho nunca esto, Violeta, ten paciencia conmigo

—No te preocupes, yo controlo.

Y me quité la ropa de golpe. Tardé diez segundos .

—Joder Violeta. Eres preciosa

—No puedo hacer nada para evitarlo.

Y soltamos los dos una carcajada.

Nos reímos mucho, la verdad. Pero disfrutamos más. Fue la experiencia más A.L.U.C.I.N.A.N.T.E. de mi vida. Plena. Sin tocarnos un pelo. Pero no hizo falta. Bueno, sí, claro que hacía falta. Mucho. Me moría por tocar aquel cuerpazo. Y acariciar su cara. Comérmelo a

besos. Hacerle de TODO. Que me lo hiciera ÉL a MÍ. Pero, aún así, fue maravilloso.

Acabamos los dos tumbados (tarde, muy tarde, después de muuuchas cosas). Con el móvil pegado a la cara, viendo la del otro sobre la almohada. Soñolientos, plenos, felices. Apenas dormimos, aunque al final yo le obligé. Al día siguiente, que era domingo, (bueno, ya era ese día), él tenía que trabajar. Luchar.

Al final dormimos un par de horas. Le vi levantarse, ducharse, vestirse y desayunar.

Apagó el móvil sólo cuando salía ya por la puerta, después de darme un beso en la punta de la nariz con pantalla interpuesta.

Capítulo 22

Al día siguiente no salió.

Me costó mucho, mucho, mucho aceptar que no estaba. Hasta las doce de la noche fue un peregrinar continuo del balcón al timbre de su casa.

No abría. No se asomaba. Porque no estaba, claro.

¿Pero, dónde estaba Alberto?

Lo más obvio no se me ocurrió.

Ayudó que no me cogiera el móvil, claro.

Fuera de cobertura, todo el rato.

Ese día, y al siguiente y al siguiente.

En total dormí cuatro horas. Tres días y cuatro horas. Que pasé despotricando contra él. Me había dejado. Como el anterior. Como todos. Pasaba de la rabia (es un impresentable y un cobarde y un mentiroso y un...) a la autocompasión (¿qué tengo que hago que todos los hombres huyan de mí?).

Lloré, tiré e hice añicos alguna cosa, me comí todo lo que llevaba azúcar en mi frigorífico.

Y sólo la mañana del cuarto día se me ocurrió:

¿Y si le había pasado algo?

¡Joder!

Salí disparada hacia el hospital. No conseguí pasar de la recepción. Aunque una de las chicas, al ver mi desesperación, se me acercó sigilosa, para que no se diera cuenta el otro, el que me había negado la información que había pedido con los únicos datos que tenía : Alberto Fernández. Médico intensivista.

—Está en la UVI. Muy grave. Le dio un ictus. Tiene Covid, sí, el ictus es una de sus complicaciones.

Me tuve que ir a trabajar. Destrozada, sin fuerzas, pero no había opción de permisos porque no era nada de él. Ya me lo había dejado bien claro el tío de la recepción. Si no era familia, no había información.

Pasé por el hospital todos los días durante una semana, hasta que me echó el guardia de seguridad. No conseguí más información. Nada. La chica del primer día desapareció y, en su lugar, siempre había un muro infranqueable: alguien que repetía “no eres familia” , “protección de datos”.

Dejé de ir, pero no de sufrir.

No sabía si Alberto estaba vivo o muerto. Quizá había superado el ictus, pero tenía secuelas. Quería saber, necesitaba estar con él.

Pero no hubo nada que hacer.

Capítulo 23

Dicen que el tiempo lo cura todo. Lo dudo, porque a mi cada día me dolía más que el anterior. Tuve la mala idea, además, de ver la película. Mi vida sin mi. Era lo único físico que me quedaba de él. Y sí, era una película preciosa. Maravillosa. Pero me dolió como un puñal. Me di cuenta de que yo era Lee y él había sido Ann. Sólo que Lee había tenido, al menos, una carta final.

Veinte días después del último día que estuve con él , abrieron un poco más el confinamiento. Al día siguiente, el súper estaba a tope de gente. Sobre todo al mediodía. Fue el primer rato que no pensé en él. Estaba agobiada intentando poner orden en la fila de la caja, porque tenía a los clientes un poco alterados y no terminaban de respetar la distancia de seguridad. Después de llamar la atención a una señora que casi empujaba al hombre que tenía delante, me giré hacia la cinta para meter los últimos productos de la persona a la que estaba atendiendo.

Y lo vi.

Acababa de entrar, creo.

Estaba parado justo en la zona de acceso, entre la cristalera de las puertas de entrada y las cajas. Llevaba una bolsa de plástico en su mano izquierda. Una bolsa en la que ponía “Hospital Gregorio Marañón” y donde asomaba alguna prenda de ropa. En la derecha tenía el móvil y otra cosa que no distinguí bien.

Estaba más delgado, más blanco. Pero sonreía. Me sonreía.

Me levanté de golpe, empecé a moverme.

Pero extendió la mano, como cuando quiso pararme en el descansillo de Aurora, y luego la llevó a sus labios, haciendo el gesto de hacerme callar.

Luego habló:

—Siento el retraso, pero vengo directo del hospital. Solo he parado en un chino a comprar esto —y me enseñó su mano derecha.

Se agachó un poco. Dejó en el suelo la bolsa y luego lo que llevaba en su derecha. Un objeto cilíndrico, pequeño, de metal.

Manipuló un segundo su móvil y lo dejó junto al objeto.

Se levantó. Me miró de nuevo. Sonrió.

Y mientras levantaba un poco su mano izquierda, a la altura del corazón, y redondeaba la derecha, el espacio se llenó con la música y la voz de Gino Paoli.

Cuando me lancé hacia él, riendo, llorando, toda la tienda rompió a aplaudir.

FIN

Querida lectora, escribir es a veces contar algo que ya está ahí, que está en el aire. Así es como me he sentido yo al poner en palabras la historia de Alberto y Violeta. Espero que hayas disfrutado leyéndola como he disfrutado yo contándola.

Si quieres seguir leyendo historias más, tengo en marcha una serie de romance histórico, la saga de los Cornwall. La primera de la saga ya está publicada. Se titula “[No necesito un vizconde](#)” y cuenta la historia del hermano mayor de los Cornwall, Jeremy, y de su enérgica vecina de la infancia, Gadea.

La segunda de la saga cuenta la historia de Andrew, el segundo varón Cornwall, y se titula “[Mi fiera favorita](#)”. Saldrá publicada el 23 de abril de 2020.

El resto de mis novedades irán saliendo publicadas en mi [página personal de Amazon](#).

Olympia 

[1] Manos grandes, manos infinitas.

Table of Contents

[Amor en tiempos de coronavirus](#)

[© Amor en tiempos de coronavirus.](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[FIN](#)

[Olympia !\[\]\(26cddea01ddf7f002af4ba779c4999ee_img.jpg\)](#)